Fleur Jaeggy

EL TEMOR DEL CIELO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Obras de Fleur Jaeggy en Tusquets Editores

Portadilla

Sin destino

Una esposa

La casa gratuita

La prometida

Porzia

Los gemelos

La vieja vanidosa

Créditos

Obras de Fleur Jaeggy en Tusquets Editores

El dedo en la boca y Las estatuas de agua

El ángel de la guarda

Los hermosos años de castigo

El temor del cielo

Proleterka

El último de la estirpe

El temor del cielo

Fleur Jaeggy

Traducción de Flavia Company

TUSQUETS EDITORES

Sin destino

Y es que la aborrecía. Marie Anne había estado podando toda la tarde, más de lo debido. Se deja llevar por la furia. La limpieza ante todo. El terreno estaba mullido, había llovido. Y parecía sucio. Su jardín era un patio, el sol no conseguía llegar hasta la tierra. Dudoso, el calor se detiene en el muro que lo circunda. Poca cosa, aquel jardín. Húmedo. En invierno era blanco. Blanco sucio. En primavera estaba aún más sucio, el frío y la podredumbre no querían marcharse de aquel trozo de terreno. En verano está seco. Y los años pasaban. Marie Anne se sienta en el jardín y con el pie empuja el cochecito hasta el muro. Después lo atraía hacia sí con la cuerda. Así, la pequeña se movía un poco. La niña miraba alelada a su alrededor. Marie Anne la había aborrecido desde que apareció en el mundo. Apareció entre un centenar de recién nacidos, había un cartel, y aquella era su hija. Normal. No era ciega, oía bien. Su amiga Johanna, a la pequeña, quería tenerla. Es mestiza. «Si no te gusta, ¿por qué no me la das a mí?» Johanna había insistido mucho. Y también los señores a donde iba a trabajar —ella hacía de asistenta— habrían querido a la pequeña. Si no te gusta, confíanosla a nosotros. La adoptaremos. Marie Anne había observado la hermosa casa de los señores de Johanna. Y el hermoso jardín. Las poltronas blancas de mimbre, bonitas e incómodas. Le enseñaron incluso la habitación de la pequeña. Una habitación que daba al jardín. Con la camita que parecía de nata y helado de fresa. En otra habitación estaban los juguetes. Los juguetes de la niña muerta de los señores de Johanna. Nadie los había vuelto a tocar. A veces la madre, por la noche, hacía balancearse al caballito. No se puede jugar con los juguetes de los muertos. Eso le decía el marido. Una persona sensata, también él habría querido jugar con las muñecas de su niña muerta. Las muñecas se reían de aquella pareja que no conseguía olvidar a la niña. Estaban aún intactas. A la niña no le había dado tiempo de romperles la cara o de arrancarles las piernas

o un brazo. Esto afligía a la señora: como no se utilizaban, no se podían renovar. Juguetes prematuros. También la ropa de las muñecas estaba intacta. Planchada. Y los cabellos. Un montón de peluquitas suaves en las cajas. Rubias, morenas, también con los cabellos rizados como los de Johanna. La niña nunca los peinó. Pero tal vez ahora lo esté haciendo. En su frívola tumba peina una y otra vez los cabellos, como Lorelei. Esto se pregunta la señora. Pero el marido decía que era imposible y que su esposa no debía pensar en esas cosas. Que en el fondo también él pensaba. En la tumba su niña estaba creciendo. Ahora tendría cinco años. Y no le importaba que fuera un montoncito de polvo que juega. Ya no tendrían más hijos. Y ahora sentían una gran satisfacción al mostrar la habitación de su niña a Marie Anne. Marie Anne lo observó todo minuciosamente y con estupor. Elogiaba cada cosa con generosidad, pensaba que eso haría feliz a la señora, que alguien le dijera que había decorado muy bien la habitación de la hija muerta. Sobre el papel pintado, cerezas rojas y gladiolos blancos con hojas. Para la niña había también una mesita con un espejo. En el que se habría mirado mientras Johanna le trenzaba los cabellos. Todo preparado, como si ya fuera una señorita. Los vestidos de la niña estaban todavía en el armario. Todos rosa. Los zapatitos abajo. Listos para correr. Algunos blancos. Otros de piel azul. En el armario, arriba, los sombreritos de paja. Era verano. Johanna tenía tanto calor que no podía trabajar. Por la noche, antes de irse a dormir, se quedaba con las piernas separadas junto a la ventana. También el prado sudaba. Se oían voces a lo lejos. También estas parecían sudadas. El cielo era incoloro. Cuando hace mucho calor, se convierte en una sábana infecta y en la sábana infecta veía malos presagios. Pero luego se dormía casi enseguida, un sueño pesado. Su existencia no le gustaba demasiado. Marie Anne decía que era porque no le iban los hombres. A Johanna lo que le gustaba era fregar horas y horas el suelo, encorvada. Luego dormir. Todavía era bella. No había nada que le gustase de verdad. Tal vez los señores donde trabajaba. Porque estaban tristes y lo ocultaban. Cuando ella sirve la mesa, fingen alegría. No hace falta reír para fingir que no se está triste, pensaba. No eran nunca groseros. Su risa es educada. Johanna sí, si

ríe es grosera. Rio de felicidad cuando nació la niña de Marie Anne. En el hospital la habían oído todos. Pero Johanna no era el marido de Marie Anne. Aun cuando una vez habían estado en una cama juntas. Johanna no podía hacerle un hijo a Marie Anne. Tal vez todo había sucedido después de que Marie Anne estuviera en la cama con Johanna. Hacia la madrugada salió a dar un paseo. Y nueve meses más tarde Johanna se había reído en el hospital. Habían pasado nueve meses. Mentalmente se sentía el padre. Cuando Marie Anne dijo: «No la quiero, llévatela de aquí», la niña estaba en sus brazos, donde una enfermera la había dejado. Entonces Johanna había empezado a pensar en hacer de madre y de padre. «Dámela, dame a la niña», había insistido durante mucho tiempo. Y ahora también sus señores insistían. Johanna se daba cuenta de que los señores tenían todas las de ganar. Se convertiría en una niña rica y respetable. Ella sería su asistenta, como lo había sido de la niña muerta. Marie Anne mira a su alrededor y encuentra la habitación a su gusto. «Desde luego», dijo, «a mi niña le iría realmente muy bien.» Y entretanto pensaba en la habitación donde estaba durmiendo su niña, que era estrecha y sin ventanas. Pero, al dejar la puerta abierta, le llegaba un poco de luz gris desde la ventana de la cocina. Johanna le había regalado la camita, las camisetas y todo lo demás. Johanna entraba en las tiendas, pedía prendas de vestir para su hija: «Porque, sabe, he tenido una niña hace pocos días», contaba. Las dependientas le daban la enhorabuena. La felicitaban. Lo compraba todo de primera calidad y volvía orgullosa a casa de Marie Anne, que estaba todo el día en el jardín, podando —y maldiciendo.

Johanna sentía temor del cielo cuando oía aquellas maldiciones. Abrazaba a la pequeña. Para esconderla del cielo. Los señores de Johanna invitaron a Marie Anne con frecuencia. La invitaron a almorzar. Marie Anne se comportaba casi como una señora. Miraba cómo se servía la señora y hacía lo mismo. Sonreía al marido de la señora, con gentileza. Contó algunas cosas de sí misma, ocultando lo peor. Johanna le había regalado también vestidos de noche. Trajes negros, de buena confección. Un día el marido de la señora le regaló un collar de perlas. Otro día la señora le regaló un brazalete de oro

con un diamante. Objetos que sin duda habrían pertenecido a la pequeña muerta. Pero ahora era necesario adornar a la madre de una niña que estaba viva y que podía convertirse en su niña. Pues parecía que Marie Anne cedería a su pequeña. Que estaba en el jardín en un cochecito, al que empujaba con el pie y acercaba con una cuerda. La niña no podía imaginar siquiera que su futuro se mostrara tan radiante. Sus plácidos ojos se dirigían, al parecer, hacia el vacío, de un modo intolerable. Todavía era demasiado pronto. Se supone. A aquella edad aún no se piensa en el propio destino.

Pasaron unos meses más. Marie Anne cada vez más enjoyada. Ahora Johanna ya no decía: «Me darás a tu pequeña». La pequeña ya estaba prometida a sus señores. Vio a sus señores abrazar a Marie Anne. Tenían lágrimas en los ojos. Entraron en la habitación de los juguetes y los tres, inclinados en el suelo, se pusieron a jugar. Marie Anne subió a la grupa del marido y la señora reía con una muñeca en la mano. Como si fuera una alabarda. Johanna les llevó algo de beber. Lo celebraron. Pusieron las pelucas sobre los vasos. Aquella noche los juguetes ya no fueron un culto de muertos, sino muñecas que destripar, que destruir con suavidad. Las vistieron y desvistieron, también la señora se quitó el vestido. Jugaron a ser felices. La felicidad hería como un hierro candente. Se estrecharon las manos para sellar el pacto. Marie Anne mostró una mirada de triunfo. Daba su palabra de honor. La dio abiertamente ante los señores. Era un día de primavera y se había hecho tarde. Marie Anne no tenía costumbre de hablar tanto, o sea, de alargar las cosas. Para ella, maldecir era el origen de la palabra. Y de la creación. Ahora Marie Anne ha prometido. «Mi niña será vuestra.»

De madrugada el caballito todavía se balanceaba. Johanna aseguraba que se bamboleó durante días. Entretanto, las muñecas lo miraban desde su quietud.

En casa, Marie Anne fue a ver a su pequeña. Dormía. La observó un buen rato. A la mañana siguiente la llevó al jardín lleno de fango. Marie Anne ya no encontraba nada que podar. Llevaba las tijeras en la mano. Y no sabía hacia quién dirigirlas. Miró a su niña. No tendrá un destino hermoso. No se la daré a esos señores. No tendrá una casa hermosa. ¿Por qué aquella pequeña a la que aborrece iba a

tener una vida mejor? Escribió una carta a los señores de Johanna. «He cambiado de idea. Ha sido una broma.» Saludos. La señora se ahorcó cinco minutos después. Como el caballito-balancín, su cuerpo oscilaba. La niña creció. Marie Anne la aborrece. Ayer pasó con su hija por delante de la mansión de los señores y se lo contó todo. La había prometido a aquella casa. La muchacha tiene ahora quince años, pasa a menudo por delante de aquella casa. Dicen que es un poco lela. Pero no es así. Tan solo mira su destino. Mejor dicho, mira por dónde ha pasado su destino.

Una esposa

Era un matrimonio consumado. Los consortes Ruegg vivían en el campo, poseían un criadero de ganado. La esposa, Gretel, era una mujer prudente. Tal vez de joven, antes de casarse, pudo haber sentido alguna curiosidad por el mundo, que muy pronto se debilitó. Con el paso de los años, no le quedaba ninguna. Estaban los animales, ante todo, y luego nacieron tres niñas. Cada dos años. Puntuales. A los treinta y cinco, Gretel era una madre orgullosa. Parían los animales, había parido ella. Sin embargo, mientras los animales parecían indiferentes a su destino, Gretel lo temía. Una sombra había descendido sobre ella y la atormentaba. La felicidad se había ensombrecido. El marido se había tapado el rostro con sus manos fuertes y grandes, tras haber visto a las niñas en la cuna. «Es una maldición», había gritado. «Es una maldición», había gritado la tercera vez. Todos oyeron las blasfemias, los muchachos que estaban trabajando, los animales y el campo. Como por un viento fatal que impulsa a los arbustos secos a amontonarse en círculos, la voz de quien maldecía fue empujada hasta la frontera con Checoslovaquia. Era la voz de Otto Karl Ruegg.

El paisaje no respondió a su imprecación, la voz erró por la llanura y luego enmudeció. Los animales movieron las orejas, irritados por el grito. A su vieja criada, que ya había servido al padre de Otto, se le dibujó una sonrisa, no en la boca sino en los ojos. Fue un destello de luz extraña, avivó su piel reseca y le dio un ardor insospechado.

Se dirigía a la esposa de Otto llamándola *gnädige Frau.* Desde el primer día había empezado a malquererla. Iba vestida de blanco, una ostentosa campesina acicalada, de tez lechosa, con flores y horquillas en el cabello. La cola del vestido se desliza por la tierra recién abonada. Los señores bailaban. Los jornaleros bailaban y ella, la criada fiel, permanecía sentada en un banco de madera. En aquella ocasión se había puesto un vestido que le había regalado la madre de Otto y que le llegaba hasta los tobillos. Mantenía los pies

juntos en los zapatos negros con lazo. Los brazos cruzados. Los brazos fuertemente cruzados.

Cuando se acercaba la noche, ayudó a la señora a desnudarse. La alcoba nupcial estaba llena de flores, despedía un olor nauseabundo. Desde la ventana se veían el corral de los animales y la llanura. La vieja criada tomó el vestido de la esposa y se lo llevó, estrechando contra sí aquellas puntillas fútiles y corrompidas.

Podía llamarla Gretel, decía la señora. Y, si la vieja lo permitía, debían tratarse de tú. Entrelazaba las manos, extasiada por su boda. Así de afortunada se sentía. Gretel deseaba abrazar a la vieja criada. Permanecía con las manos enlazadas, la criada tal vez no se atrevía a tutearla, pero Gretel imploraba, temerosa y feliz. Otto le había hablado mucho de ella. La vieja observa sin emoción. Ella ha recibido órdenes en la casa, de la generación precedente, pero no ha compartido su felicidad. Entonces no se hacía demasiado alarde de la felicidad y la fortuna. Alegrarse cuando los señores tenían motivo formaba parte de sus obligaciones y de la obediencia que les debía, y alguna vez se había alegrado. Cuando nació Otto Karl, el primero y último de los hijos. Ella se alegró del primero y último. La madre murió en el parto. Y la vieja se convirtió en la sombra de la difunta. Si los difuntos dejan deseos insatisfechos, las sombras pueden apropiarse de ellos. Ella misma eligió las mejores tetas del campo para amamantar a Otto Karl.

Los esposos salieron de viaje de novios. La vieja recogió todas las flores de la habitación, las puso en una carreta y las llevó al cementerio. «Estas son las flores de la esposa de tu hijo, haz con ellas lo que te parezca.»

Aparte de marchitarse, nada pueden hacer las flores, lo mismo que los seres humanos. Las flores, en competición con los muertos, están impacientes por convertirse en polvo despreciado, pensaba la vieja. Los muertos saben qué hacer con las flores abandonadas sobre las lápidas. Saben cómo recompensar a quien se las ha ofrecido. Saben vengarse de los regalos. Si no los agradecen. Pueden agradecer una oración inútil. O un arrepentimiento. Nada tiene tanto poder y tanta fuerza como lo que es vano.

De pie frente a la lápida, la criada asía sus pensamientos con riendas de cuerda y le parecía estar cabalgando. Se iba a Bohemia, donde estaban sus antepasados, un perro de caza y su nodriza. Y el viento. Largos inviernos helados y la azarosa geometría de la blancura. Líneas perpendiculares como restos de cruces se erguían y de repente se doblaban, apenas el viento cambiaba su aliento. El viento dobla las cruces. Había tormentas, barro y ciénagas, como si una brisa sulfúrea y lenta encantase a quienes andan perdidos.

Luego la criada se sentó sobre la lápida y le describió a la esposa. Elogiaba su belleza y su porte. Elogiaba las caderas y el vientre. La calidad del cabello y de los dientes. Bajó los párpados. Con las manos contaba los rostros de Gretel que había conservado en el fondo de sus pupilas. Sus gestos eran rápidos, como los de una sordomuda. Al final dejó sobre la lápida la imagen que había evocado. Algunas nubes oscurecieron el cielo y cualquiera que hubiese pasado por allí habría podido pensar que alguien se había olvidado un fantoche de arcilla. Saludó a su señora, la mujer que apenas había conocido. Era muy joven, pasó por la casa únicamente para dejar a un niño, no pidió nada más. Se habían casado hacía poco, en ella no había llegado a advertirse el regocijo absoluto, esa dolencia que es la felicidad. Tendió sus esperanzas con mansedumbre. Y la criada tendió la sábana.

El viaje de novios de los señores Ruegg duró pocos días. Otto Karl era inquieto, habría querido volver a casa después de la primera noche. Con su esposa cerca en la cama, consideraba los abrazos una señal de dejadez. Ahora su mujer dormía, él mantenía una mano en su nuca, que poco antes había mordisqueado. Hacía proyectos. Quería un matadero.

A la mañana siguiente les llevaron el desayuno a la cama. Era un *petit déjeuner* abundante, con un ramillete de flores, quesos, huevos revueltos, sesos y bizcocho. Venía incluido; el «todo incluido» de los viajes de novios. Y si la pareja no tenía suficiente, podía pedir más, a voluntad, sin coste adicional alguno. Y eso duraría siete días. Alimentarse a voluntad. Los días prefijados por la pareja. Explicó a la esposa las ventajas de un matadero. Se lo podía permitir. Era para el futuro, para sus hijos. Para los hijos de los dos, engendrados en una

de aquellas habitaciones de hotel adonde van las parejas en viaje de novios y donde no tienen otra cosa que hacer. Las raciones de las parejas se conservaban frescas en los grandes frigoríficos de las cocinas. Casi todas parejas alemanas. Cada noche el menú era distinto, exótico, acompañado por la música típica del lugar del que provenía la comida. La noche mexicana. Quien lo desee puede ponerse un sombrero mexicano. O la noche de Shanghái. O de España. *Italienische Nacht.* A las parejas alemanas les gustaban aquellas distracciones después de haberse adueñado recíprocamente de sus cuerpos.

De regreso a casa, los Ruegg pasaron aún una noche en Múnich, en el Vierjahreszeiten. Se acostaron. El marido la besó, más que pasión fue una presión pesada y torpe. Antes de dormirse, la llamó «mi señora». Ella sintió toda la intensidad primordial de aquella palabra, una investidura que envolvió su cuerpo y llenó la estancia vacía y las cortinas en las ventanas, que parecían de zinc. Habría querido concebir en aquel momento. Mientras Ruegg pronunciaba, casi en sueños, la palabra «señora».

La vieja fiel los esperaba delante de la casa. De lejos parecía una urna, pequeña, sombría y sobria. Cada mañana, Gretel se levantaba a las cinco y media. Pero la criada ya estaba en la cocina, lo había preparado todo. «¿Tan temprano, *gnädige Frau?»,* le preguntaba. «¿Por qué no descansa? Le hace falta.» Gretel ya no cuidaba de sí, usaba delantales enormes, calzaba zapatos bastos, llevaba las medias enrolladas en los tobillos. Tenía una mirada inquieta. Una mirada que vigila la marcha de la casa. La marcha interna. De la casa perfecta. También debe estar atenta a la moralidad de los jornaleros. Y cuando los ve reír se preocupa. Porque si ellos ríen de aquel modo capcioso, es solo por el sexo. Solo el sexo puede hacer reír a aquellos muchachos, con aquel aire circunspecto y astuto. El sexo es lo único que les interesa. Estaba convencida de ello.

Y las hijas habían empezado a cuchichear entre sí y ella tenía que vigilar. La vieja criada, a quien no se le escapaba detalle, le decía a la *gnädige Frau* que no se preocupara. Es la naturaleza. Se peleaban con los jornaleros. Otto Karl las miraba y le decía a su esposa: «Mira cómo saben pegar tus niñas». Y pegaban duro, las robustas

muchachas. Asimismo, cuando eran pequeñas se abalanzaban sobre la espalda de los muchachos y los rodeaban con las piernas. Gretel agarraba la bomba del agua y rociaba sus cuerpos con furia, como si regara una selva reseca.

A Gretel la atacaron las jaquecas. Mientras las hijas crecían. Controlaba el sofá del salón. Los cojines tenían que estar tiesos. Miraba con recelo el campo, los prados, los heniles, los camiones, cualquier lugar donde las hijas pudieran tumbarse. El domingo tenían permiso para estar fuera todo el día. Alguna vez regresaban tarde. Ella espera. Escruta sus rostros. Las muchachas tienen los ojos brillantes, vidriosos, y apestan a cerveza. Por la noche entraba en su habitación, miraba cómo dormían. ¿Qué hacían con sus cuerpos cuando fingían pegarse con los trabajadores? La vieja criada le repetía a la *gnädige Frau* que debía descansar, que de noche tenía que dormir y no excitarse. La naturaleza sigue su curso, sus derroteros. Sopor en la estancia, el lugar está vacío, en la casa hay silencio. La casa está dominada por los instintos. Por los instintos y nada más. Así respondía Gretel.

Una noche, después de la cena, habían bebido todos mucha cerveza. Gretel, por una vez, se había puesto a bromear y a lanzar indirectas. Se había quitado el delantal y su vestido ajustado dejaba ver aún las hechuras de una buena ternera. Eso decía Otto Karl. Empujándola, haciéndola dar vueltas. Luego Gretel cogió el ritmo, giraba ella sola. Los muchachos golpeaban con los nudillos sobre la mesa. Gretel seguía el ritmo con los pies. Inclinaba la cabeza hacia delante y tomaba impulso a cada vuelta. Se sentía ligera, le parecía que todos los cuerpos se habían vaciado de pasiones y de pecados. El patrón se divertía, nunca la había visto tan contenta, veía en su mujer a la ternera que iba a ser sacrificada. Levantó la jarra de cerveza y propuso un brindis: *«Auf den Tod»,* «Por la muerte». La esposa repitió como un eco: *«Auf den Tod»,* y tragó. Los muchachos golpeaban con los nudillos sobre la mesa. Ella, inspirada, daba vueltas a su alrededor.

Los muchachos eran jóvenes, amaban a los animales que mataban. No querían hacerlos sufrir. Habían empezado a trabajar en eso hacia los trece años. Sus manos expresan más que el rostro o

los ojos descoloridos. El cerebro queda un poco rezagado con respecto a las manos. Hay en sus cabezas una extraña nostalgia, un no sé qué de irreal, de vacuo, de pasmoso. Otto los tomaba a su cargo, niños ya adultos, le gustaba aquella mirada seria, tal vez aquella ofuscación que había quedado en el cerebro, aquella lentitud, aquella pesada lentitud que no alcanzaba a seguir la habilidad de las manos. Le gustaba aquel fruncir del entrecejo cuando él daba las órdenes o explicaba algo. Eran hombres imberbes, algunos tenían la cabeza rasurada. La juventud de aquellos cráneos testarudos y dóciles. Muestran hacia los animales un sentimiento fraterno. Otto Karl sentía respeto por la fraternidad y le daba suma importancia. Los nudillos golpean sobre la mesa. Le parece que han pasado años. Desde que viera en la cuna a las niñas. Su mente yerra por una zona de penumbra que lo embriaga. Aquel ritmo obsesivo, excitante, fraterno, como si fuera una voz única, un pensamiento único, similar a un débil redoble de tambores.

«Al diablo», pensaba su esposa. Y el diablo con quien habría deseado bailar era uno de los terneros recién sacrificados, que estaba sentado en un trono de oro, con los zarcillos. Ella le lamía las patas, en señal de devoción. Tras el golpe mortal los animales subían al cielo, ella entretanto estaba contenta y sentía que todavía era una ternera hermosa. Acababa de decírselo el marido delante de los muchachos, que era una ternera hermosa. Conque así sea. No la ha humillado. Era una cosa animal que bailaba, sentía al animal que la oprimía como un corsé. Aquello que pisoteaba el tiempo, que respiraba el ritmo, que seguía el paso afelpado de la catástrofe era la furia y la aniquilación. Ella adoraba a sus semejantes, que antes de ser carne de matanza habían sido felices, ascéticos, sabios. Nerviosos tal vez. Sumisos. Ella los había acariciado. Acariciaba todo lo que rezumaba de sus hocicos indiferentes. Habían vivido ya, se atreve a pensar ella, el golpe mortal.

Los muchachos parecen una incrustación en la pared de madera. Novatos bávaros sentimentales y bárbaros. Una ebria pereza los domina y oculta sus rostros. Los párpados arqueados. A Gretel le gustaría sacrificar uno. Con la mano derecha alzaban las jarras de cerveza. En una noche de fiesta. Demostraría al marido que ella

sabe matar. No es menos que todos ellos. No se debería maldecir a las mujeres que dan a luz solo niñas. Solamente porque de mayores no pueden hacer el mismo trabajo que el padre. A sus niñas no les apasiona el matadero. Se han marchado de casa. Dorothea, la mayor, se ha cambiado el apellido. Ahora ha adoptado un apellido hebreo. Basta ya de señorita Ruegg. Se ha marchado a vivir a la Toscana. La otra, Roseli, vive en Berlín con una bailarina de *striptease.* Y la tercera calla. Es cierto, el matadero no tendrá herederos. Gretel se siente sola, desearía tener nietos. No hay nada mejor que procrear. Ella y los animales lo saben. Qué graciosas estaban las hijas en la cuna. Las cabezas un poco grandes, los cabellos ralos, manchas rojas en la piel. Del argadillo colgaba el lino, había bordado las iniciales de sus nombres. Las iniciales a la espera de convertirse en nombres arruinados.

Desea las buenas noches. Ve la confusión del marido que la mira satisfecho, con ojos de mongol. Los muchachos se ponen de pie. No se oyen sus pasos en las escaleras de madera. Es invierno. La nieve cubre el campo e iguala la tierra bajo un sopor terrorífico. Tal vez solo las verdades últimas pueden aportar felicidad a la campesina Ruegg. Como el paisaje invernal, barrido por una paz angelical y antigua, sus pensamientos están sepultados bajo el hielo. Pensamientos exentos de palabras. Inercia sacra.

El narrador se encontraba en Zúrich y leía el *Neue Zürcher Zeitung.* Un día de noviembre a las tres de la tarde iban a tener lugar las exequias de un eminente carnicero. En la necrológica venía escrito que la familia se había visto, de repente y de un modo incomprensible, ante una dura prueba del destino. La palabra *jäh,* que quiere decir «de repente», resaltaba en su simplicidad junto a la palabra «destino». Un sonido breve. Irrevocable. Elegante tipográficamente en su modo de exponerse. El narrador había escrito un cuento sobre un carnicero y su esposa. Pero el final no lo convencía. Pensó: quizás esté bien asistir a las exequias de un carnicero. El hotel frente al Limmat no quedaba lejos de

Fraumünster. Su habitación daba al río. Por la noche miraba los cisnes dormidos en el agua. Al día siguiente a las tres y pocos minutos se encuentra ante la iglesia. La iglesia ya estaba atestada de gente. Había una mujer que no permitía la entrada. Pero se podía subir a donde se encuentra el órgano, por una pequeña escalera. También aquello estaba lleno de gente. Por pura impaciencia la función tuvo que comenzar con antelación, a las tres menos dos minutos. La puntualidad ya es un retraso. El pastor protestante estaba diciendo su sermón. Se notaba el acento del lugar en la entonación dialectal. Había contado la vida del eminente carnicero, de su matrimonio, de su carrera. De los hijos. Si uno mira hacia el altar ausente, comprende que participa en unas exequias de primera clase. El pastor se pregunta si la profesión del difunto (matar animales) es conciliable con la vida cristiana. La pregunta queda sin respuesta. El pastor pasó enseguida a otras. Los méritos del carnicero eran numerosos. Huérfano a los dieciocho años, comenzó a trabajar con tesón. Con sentido de la responsabilidad. Se dedicó a ampliar su círculo de negocios. Los parientes y los amigos no debían estar tristes, el dolor aporta alivio. El dolor es alivio. El pastor exhortaba a todos desde el púlpito, en el silencio sublime de la iglesia, a encontrar alivio. A sosegar el dolor. Los rostros vueltos hacia él estaban serios, compungidos y un poco extraviados. Con una apariencia de vacío en sus miradas fijas. La compostura de un vacío. Permanecían tan impasibles que parecía que les hubieran robado la respiración. Los parientes estaban sentados ante el gentío, junto al féretro formaban el altar. Las flores eran escasas, como si algunas se hubieran evaporado. El narrador había encontrado sitio en un rincón, junto a los tubos de los radiadores. Procura observar a quienes lo rodean. Visten con esmero. De gris. Algún perfil noble. Inmovilidad nerviosa. Severa dignidad de peso. ¿Eran todos carniceros?, se había preguntado. Un grupito se puso de pie y empezó a cantar. En rededor. Voces bellas y suaves. «Los sueños ya no existen.» La voz del pastor parece más lejana, como lejanas parecen las palabras «dolor» y «alivio». Han perdido su configuración. Y también el tiempo se ha parado. La iglesia se vio envuelta por la torpeza de pensamientos ahogados. Golpeaba

aquellos rostros un desapego profundo y atávico, pero no sumiso. La muerte no conmueve. Está en el orden de las cosas. La salvaje clandestinidad de las cosas simples. Si permanecen tan impasibles, pensaba el intruso, el narrador, que continuaba buscando un final para su cuento, tal vez es porque desaprueban las palabras y sus variaciones. Aquellas pupilas soberbias observaban la esencia. Observaban, así se lo parecía, con apasionado comedimiento, lo invisible. Cuando oyeron el sonido de los cuernos de caza, sus miradas se mostraron atentas. Brillos cautelosos. Tensaron los párpados inmóviles. En la iglesia gótica, descarnada, en su violencia de expoliación, pura piedra, hacia el cielo, el sonido de los cuernos, tan humano, retumbó en sus mentes con una breve exaltación.

El narrador estaba buscando todavía un final para su cuento. Los finales deberían ser espléndidos. Quizás. Aquellas magníficas exequias podían serle de ayuda. No sirvieron. No habría hecho morir a Ruegg a causa del sonido de los cuernos de caza. Gretel, en su desesperación, encontrará complacencia. Dejemos que contemple el paisaje de nieve. En su inercia sacra. Un último detalle: el nombre del carnicero era Angst, Temor.

La casa gratuita

Se pide a los inquilinos que saquen de la cocina la comida que puede estropearse, que abran las puertas o que dejen las llaves a los fumigadores. El cartel está bien visible a la entrada de la casa. Dice: LOS PRODUCTOS USADOS PARA FUMIGAR LA CASA CON EL FIN DE ELIMINAR CUCARACHAS NO SON NOCIVOS PARA LAS PERSONAS NI PARA LOS ANIMALES DOMÉSTICOS. La casa no está muy lejos del lago. El lago Lemán. Tiene cuatro plantas. Está pintada de un rosa tenue. Al otro lado de la calle, el edificio de una comunidad evangélica, con ladrillos y barrotes. Lo rodean un muro bajo y un seto. Apoyado en el muro, donde da la sombra, un hombre de color. Es un día de abril, húmedo y tórrido. El sol se entretiene, se ha detenido sobre la casa rosa. Todos conocen a la mujer que va por la calle. También el hombre apoyado en el muro se quita la gorra. Él no entra en el edificio religioso, le gusta quedarse fuera. En una vitrina próxima a la cancela se encuentra cada día con estas palabras: ETERNO, TÚ ME EXPLORAS Y ME CONOCES, TÚ SABES CUÁNDO ME SIENTO Y CUÁNDO ME LEVANTO. Johnny mantiene limpia la vitrina. Observa a la gente que pasa. Rellena las bolsas rebuscando en los cubos de basura de los evangélicos. Son parcos al consumir y en los desechos. No tiene otra cosa que hacer. También él es un protegido del señor Heber. También él es uno de esos que no disfrutan de sus derechos civiles. Lo cual no quiere decir que le falte libertad; puede vagabundear de la mañana a la noche. Tan solo se lo considera privado de la facultad de actuar de manera juiciosa. Y eso quiere decir que carece de discernimiento, según las autoridades. Sonríe a la señora Heber, que pasa casi cada día por aquella calle. La señora tiene discernimiento, si bien a simple vista entre ella y él no parece que haya una gran diferencia. Es una excelente señora cerca de los sesenta, fuerte, con los cabellos cortados a cepillo. Sale con la cartera y la bolsa, el hombre sabe que la señora Heber finge que hace las compras. También hay trabajadores turcos, apoyados en el muro.

«Buenos días.» «Johnny, ¿tomando un poco el sol?» Johnny estaba apoyado en el único espacio de sombra en el muro. «¿Por qué no va a pasear junto al lago? Ahora hay helados por todas partes.» Los hay muy variados. A Johnny no le gustan los helados y la señora Heber sabe muy bien que no tiene dinero. Le pasan aquel tanto para comer, redondea con la basura que recoge, y tiene el alojamiento gratuito. El alojamiento gratuito gracias al señor Heber. Todos están allí, en aquella calle, en aquella casa de cuatro plantas, con ascensor. Un poco más adelante, junto al lago, hay un enorme hotel con las ventanas oblicuas, de modo que incluso aquellos que tengan una habitación lateral puedan ver siempre el lago. La comunidad evangélica marca el límite con una línea invisible. Pasada la iglesia, las casas pertenecen a burgueses, taraceadas y casi pomposas. Antes de llegar a la iglesia, las casas, con las paredes igualadas por una capa de yeso, esperan a los fumigadores. La brisa del lago las roza, si bien el aire parece a menudo estancado. Prematuramente estancado, para ser abril. Es como si faltara aire; la señora Heber lleva un vestido de flores de manga corta. El hombre, Monsieur Johnny, nunca tiene calor. Es docto, tranquilo. Agradece al cielo no estar muerto, ni en prisión, ni inmovilizado por una camisa de fuerza. Dispone de todo el tiempo para morir una segunda vez. Y parece que prevea ese momento. Poder hacerlo así, en paz, con el alojamiento gratuito, las propinas y los desechos de los evangélicos. Y de todo eso está agradecido al señor Heber. De tener todo el tiempo para palmarla, día tras día, como desgranando un rosario, todos los años iguales. Su única obligación, la visita de la asistente social, una mujer blanca con poco cabello, fino, ojos claros, miope, y una expresión de prudente reproche. Como si las «gracias» de Johnny fueran un ultraje. Y aquel brillo impúdico en sus ojos.

En la casa para ellos, solo para ellos, que no tienen derechos civiles, vive también un señor suizo al que le mataron al hijo. Él dice que fue a causa de la asistente social. Se pasa el día tostando almendras garrapiñadas. La esposa no ha querido saber más de él. Ahora es un hombre apacible, rellena de almendras las bolsitas transparentes y les pega la etiqueta con su nombre. Tiene permiso para venderlas a dos francos con cincuenta céntimos. Su habitación

está muy limpia, con las paredes llenas de fotografías. Por todas partes el hijo, desde los años de la infancia hasta la última época, cuando lo asesinaron. Y tarjetas postales de lugares. Los lugares donde estuvo con su esposa y su hijo de vacaciones. No son muchos los que en aquella casa tienen recuerdos. O al menos recuerdos para mostrar. Una fotografía es una prueba. Algunos solo los tienen en la cabeza. Es también el único que ha tenido una familia, una familia de verdad. Él era pastelero. Lo dice con orgullo. No es un oficio que se haya inventado desde que lo metieron en aquella casa gratuita. Y le han privado de los derechos civiles. Él procede, por decirlo de algún modo, de la normalidad. Ha tenido una esposa, una buscona, como él dice, una ramera que lo abandonó para irse con otros. Y un hijo, que ya no tiene. Es algo respetable. A veces se adormece durante el día en su habitación, en la que se percibe un sabor dulce. Solo él tiene geranios en la ventana. Solo él, aparte de Johnny, deja las ventanas abiertas. A días alternos, hay otro señor que también deja las ventanas abiertas. Su habitación está llena de botellas y de ropa vieja. En su puerta, por fuera, pone CHOPIN. Con alguna que otra nota sobre un pentagrama. Por la noche sale con su sombrero, que tiene una pluma de adorno, los pantalones de terciopelo y el bastón. La señora Heber los conoce a todos muy bien. Es a su marido a quien deben todo esto. La vida gratis. Otros, en países distintos, mueren por la calle. Aquí, tienen todo lo necesario.

Desde que se casaron, el señor Heber muestra verdadera pasión por esta clase de gente; sin embargo, la señora pensaba que se debía a un ideal de juventud. O a que quería quedar bien delante de ella, como un hombre altruista que piensa en la humanidad y en el bienestar de los demás. Los primeros años de matrimonio no estuvieron del todo privados de emociones placenteras. A ella le gustaba ser la señora Heber, esposa de un funcionario de la Administración. Muchos le debían a él vivir de balde. Vivían a pocos metros de distancia de los burgueses, ella formaba parte de esa categoría. El marido regresaba a casa cada día a la misma hora y ella ya tenía la cena preparada. El marido estaba cansado, pero no por ello dejaba de contarle las acciones piadosas. Y se enardecía. Cuántas veces habló del pobre negro. Y de la pobre muchacha salida

del manicomio cantonal. Que después hacía de puta. Por qué, exclamaba, no hay para estas mujeres otra salvación que el uso del propio cuerpo. En el fondo, decía, eran libres de hacer lo que quisieran. Quien vive privado de derechos civiles puede hacer uso de sí mismo como le parezca. Y las mujeres, en cuanto eran verdaderamente libres de elegir cómo pasar su tiempo, ese tiempo de tranquilidad, se encontraban con los hombres. Y en esto, debía confesar con franqueza el señor Heber, nadie era más libre y carente de prejuicios que ellos. Aun así no era un crimen, añadía. Pero no deben abusar. Por la casa gratuita. Una muchachita ha recibido en su habitación a por lo menos cuatro o cinco hombres en una noche. Tres eran negros, norteamericanos. Lo que al señor Heber le resultaba extraño, difícil de entender, era aquella enorme sexualidad de la muchachita. Miraba a su esposa esperando que dijera algo. Su esposa no sabía qué responderle. Estaba incómoda. Ella, después del matrimonio, de dormir en la misma cama que el señor Heber, todavía era arisca, y el marido experimentaba un ligero disgusto ante el hecho de que ella fuera arisca. «Eres una mujer de carácter», le decía. Y había empezado a pasar más tiempo fuera de casa. Regresaba tarde. Estaba molesto con la señora Heber. En la cama le daba la espalda y se dormía. Incluso había empezado a roncar.

La señora Heber no se afligió por la indiferencia del marido. Dormía tranquila. Y durante el día, después de haber limpiado la casa, de haber hecho las compras, se sentaba en la cocina y soñaba. Sí, soñaba. Soñaba con su vida en pareja, hasta la muerte. Estaba convencida de que ella moriría primero. Porque hacer el bien es provechoso, había pensado. Nos hace longevos. Y pensaba en quién lo cuidaría. Le había escrito notas al señor Heber. En aquel cajón están los recibos, los números de los proveedores, los números de teléfono. Otras veces soñaba que él se iba primero. Y entonces, puesto que amaba al marido que ya no la tocaba por las noches, se apenaba. Y quería su cuerpo. Ya no ayudaría a los desamparados. Este era su sueño preferido. Preparaba, como las cenas, el funeral. Daba las gracias por las condolencias en la cocina, se dirigía hacia el

cuchillo. Tomaba el cuchillo y cortaba el asado. Servía el vaso de Dôle.

Sabía que Johnny se burlaba de ella cada vez que la veía en la calle de la casa gratuita. Y también los demás. Ella iba a espiar. Quería ver. Quería ver la sexualidad de la muchacha. Quería verla. Y la vio. Era una joven de unos diecinueve años, la última que había llegado a la casa gratuita. Unos meses antes había muerto un inquilino, uno que no había molestado nunca a nadie. Gritó, y después calló.

Desinfectaron, cambiaron el papel de las paredes y la instalación de los sanitarios. Luego la nueva tomó posesión de la habitación y del baño. Para uso exclusivamente personal. Y parece que las primeras semanas se encerraba bajo llave. No se fiaba de que no fuera alguno a desalojarla. Allá de donde venía, las llaves de los lavabos estaban prohibidas. Ahora se quedaba tumbada en el suelo, en el baño, era libre de lavarse cientos de veces las manos. El señor Heber le hizo llegar un armario. Ella sacó y partió las puertas, tenía una fuerza enorme. Puso clavos en las paredes para colgar los vestidos. Sus vestidos debían estar a la vista. Calmados los primeros arrebatos por la habitación, la muchacha pareció más tranquila. Tenía las persianas bajadas y se quedaba sentada en el cuarto. Esperaba al señor Heber. El benefactor. Que llegaba puntualmente hacia las diez de la noche. Después de haber cenado con la señora Heber.

Y ahora la señora Heber iba a espiar cada día. Se ponía en ridículo. Los inquilinos de la casa se divertían a sus espaldas. Los divertía aquella ama de casa sin nada que hacer como ellos, que va a mirar a los indigentes. Y también la muchacha empezó a mofarse de la señora Heber. Cada vez que se cruzaba con ella se levantaba la falda. O se ponía a reír muy fuerte y luego se marchaba corriendo. Un día la señora le dio una bofetada. Pero resulta sorprendente la rapidez de reflejos que tienen a veces los retrasados o los idiotas. Así es como se los llama. O los que no disfrutan de sus derechos civiles. La muchacha le arreó una guantada que le hizo sangrar la boca. Y la arañó. Se arañaron. En plena calle. Johnny, apoyado como de costumbre en el muro del edificio religioso, observaba con calma

angelical. Por una vez, el día no era igual a los demás. Aquella muchacha tenía toda la fuerza y la energía de su madre. Por un momento pensó que la madre se había reencarnado en la muchacha. Que era presa del demonio. Miraba con deleite la pelea. También el señor que tostaba almendras salió a la calle. «Están a punto de matarse», dijo con suavidad, y pensó en su hijo. Una sonrisa de venganza satisfecha invadió su rostro apacible. Cada cual veía algo de su propio pasado, algo lejano, algo que había sucedido antes de ir a vivir a la casa gratuita. Y esperaban un final. La absolución. La muchacha abrió el bolso, agarró el martillo y golpeó a la señora Heber en medio de la frente. Las ofensas se lavan con sangre.

La prometida

La había conocido frente al foso de las serpientes en Berna. Y ahora todo había acabado. Una semana después el carnicero le dijo que se la veía bien, mientras en su fuero interno deseaba que la señorita hiciera las compras como antes. También el verdulero la había encontrado bien. Pero las espinacas para una persona sola daban demasiado trabajo. Esto el verdulero lo sabía, tenía la tienda desde hacía más de veinte años y a cuántos no habría visto solos *después.* Si hay hijos, siempre se puede esperar que el negocio vaya bien. Ellos comen mucho. Pero en las parejas que él llamaba estériles, sabía que *después* los encargos disminuyen. Y sabía, al igual que el carnicero y el florista, que las dos señoritas eran una pareja. Ruth la había hecho pasar por su hermana. Pero nadie la había creído. Amablemente le preguntaban: «¿Cómo está su hermana?». Una pequeña mentira para hacerle la vida más fácil.

Había empezado a observar a aquella muchacha que miraba las serpientes y que parecía conocer a algunas. Le había parecido que las llamaba por el nombre. *Fritz, Fritz, mein Schatz.* Iba vestida con una falda ancha y una blusa blanca, los zapatos bajos. Como una estudiante. La melena larga, lisa, rubia. También Ruth iba al zoológico durante el descanso del mediodía. Comía un emparedado y luego tomaba un café en el quiosco. Detrás del quiosco estaban los retretes. Desde allí se oía el alboroto de las monas. Ruth no sentía particular simpatía por los animales. Le gustaba el conjunto, las redes metálicas, los recintos. Prefería ir a su encuentro, tal vez sin prestarles atención, que quedarse en un café. Y así es como se había puesto a observar a aquella muchacha. Nunca antes la había visto. No iba todos los días, pero iba siempre a la misma hora. Y siempre estaba junto al foso de las serpientes. Ruth, en cambio, caminaba, como habría hecho en un cementerio. Caminaba entre las jaulas como entre lápidas. Ya no era joven, y esto lo sabía con una precisión extraña. En cambio, la muchacha sí que era joven. Un día

le dirigió la palabra y la muchacha contestó con mucha amabilidad. Se llama Vreneli y proviene de un pueblecito de las montañas. Sí, le gustan las serpientes. La tienen subyugada.

Buscaba trabajo y cada día postergaba el momento de ofrecerse para ayudar en la limpieza del zoológico. No debe de ser más difícil que hacer la limpieza en casa de alguien, ¿y ella qué pensaba al respecto? Vivía en una habitación cerca de la estación. Había portugueses, españoles. Se hacían la comida en la habitación, aunque estaba prohibido. Había un chico y una chica vietnamitas, eran hermanos. Salían juntos, cogidos de la mano, hasta que la muchacha encontró trabajo en la consulta de un dentista y al hermano le hicieron ayer un lavado de estómago. Quería saber qué pensaba Ruth al respecto. ¿Es más difícil trabajar en una casa?

Ruth la invitó a su casa. Una cenita para dos a la luz de las velas, con un buen vino. Lo había preparado todo ella misma. La cubertería de plata, las copas de cristal y un mantel almidonado. Aquella noche la muchacha le pareció más joven aún. Se había puesto un vestido vaporoso, azul, con el talle estrecho y un poco de escote. Zapatos blancos de tacón. Como si fuera a su primer baile. Ruth se conmovió. Le había llevado un modesto y enternecedor ramillete de flores que sostenía en la mano, como una súplica, atado con una cinta. «Me siento feliz de estar aquí», dijo con un hilo de voz. En la pensión todos le habían preguntado si iba a ver a su novio. Y ella había confesado, siempre con un hilo de voz, que sí. Que iba a ver a su novio. Sus padres estaban muertos. Y pareció decir que no tenía más padres que esos. Volvieron a verse. Vreneli volvía siempre con su vestido de fiesta. Era el único que tenía para la noche. Para Ruth fue un placer comprarle un vestido. Tenía en los ojos una expresión de alegría extraviada mientras abría el paquete y se ponía el vestido. «Date la vuelta, por favor.» Entonces Ruth se conmovió tanto que la abrazó.

Cuando se veían en el zoológico, la muchacha le iba al encuentro dando brincos. Llena de juventud. La juventud que Ruth al fin y al cabo creía haber perdido. La casa de Ruth era grande, era la casa de sus padres. Ellos habían preferido los muebles grandes. Grandes los armarios. Grande la cama de madera. Grandes las mesillas de

noche. Ruth a veces dormía en una mitad de la cama, en el lado del padre. Hasta hacía poco tiempo las zapatillas del padre estaban todavía en la mesilla de noche, y la caja de tabaco y el reloj con la cadena. Otras veces dormía del lado de la madre y aún le parecía oír su respiración. En la mesilla de noche estaban sus horquillas. Y frente a la cama, el armario de nogal oscuro, pesado; allí dentro también habían colgado sus ropas los abuelos y los bisabuelos. Con el paso de las generaciones, el ropero había ido engrosando. Los viejos no tiraban nada. Y así crecían. En el armario, a la sombra de las perchas, estará toda mi vida, había pensado. Los vestidos de noche para ir a bailar, los trajes de viaje, porque por supuesto viajaría o se casaría. Cuando luego había pensado que allí dentro iban a estar también los trajes del marido, sus pensamientos empalidecieron. Sus padres y quien los había traído al mundo habrían deseado que se casara. Se lo habían dicho claramente antes de morir, estrechándole la mano entre las suyas, que se casara con un velo blanco. Porque creen que a punto de morir las palabras valen más. Los dos murieron felices. Ruth había hecho una promesa.

En aquella época, Ruth tenía diecinueve años y seguía pensando en la promesa. Se entregó a un compañero de clase. Dejó escapar un gracias pasada la noche y no se dejó ver más. Se entregó al señor Erni, que tenía la pastelería más grande del cantón, un par de noches. Se entregó a un turista. Pero después dijo basta. Había cumplido con sus obligaciones. Había acatado la promesa. Hasta donde le era posible. Por su cuerpo habían pasado tres, como sin lugar a dudas su padre había pasado por el de su madre. Aceptó dormir sola, algunas veces sus pies estaban fríos, aceptó despertarse sola, y asimismo habría aceptado cerrarse los párpados ella sola. Su trabajo estaba bien remunerado. Trabajaba en un gabinete jurídico. Y la ley era su breviario.

Una noche le mostró a Vreneli el dormitorio. Vreneli se tendió en la cama enseguida, como una niña, el vestido de organdí se le subió al vientre. «Perdona», dijo. Y se sentó en la cama, delicada y tímida. Aquella noche no volvió a la pensión. Y ya no volvió más en treinta y dos años. Ella dormía del lado de la ventana y Ruth del lado del padre. Tras algunos días Ruth rebuscó en el bolso de Vreneli y

encontró su documentación. No era en absoluto una jovencita. Tenía treinta y siete años, casi la misma edad de Ruth. Ruth tenía cuarenta y dos. Pero durante algunos años más, Vreneli siguió jugando a hacerse la jovencita. Mantenía en orden la casa, preparaba la comida, hacía la compra. Cuando Ruth volvía del trabajo, la recibía rebosante de contento. Riñeron pocas veces. En esas ocasiones, Ruth le decía que era una vieja. «Vieja como yo.» A Vreneli se le llenaban los ojos de lágrimas. Se ofendía. Se quedaba en un rincón, dejaba de hablar y apretaba los labios.

Durante algún tiempo, que duró alrededor de cinco años, salía sola por las noches en cuanto Ruth se dormía. No se sabe adónde iba. Volvía despeinada y algunas veces, por la mañana, Ruth le descubría marcas en el cuello, ocultas luego bajo una cinta de seda. Nunca preguntaba nada. En el fondo, no le disgustaba. En cambio, le disgustaba constatar que algunos objetos de sus padres desaparecían. Algunas piezas de plata. Realmente, la pobre Vreneli ya no era joven, esto le dijo una noche, y acaso tenía que pagar a alguien por las atenciones recibidas. Los cabellos se le volvieron blancos, pero se los tiñó de rubio. Su cuerpo no aumentó de peso. Por casa iba con una bata que le marcaba el talle y que le dejaba al descubierto las piernas. En la enorme cama de los padres, Vreneli era cariñosa, quizás se perfumaba demasiado, y si los pies de Ruth estaban todavía fríos se los acariciaba, se los besaba y se los calentaba con su melena, que siempre conservó larga.

Ruth no experimentó ni felicidad ni fastidio por que su chica envejeciera. Alguna vez hablaba con sus padres y les decía que el suyo era un matrimonio acertado. Por otra parte, también su padre salía por las noches. Pero esto no había provocado trastornos en su vida matrimonial. Discreto, igual que Vreneli. Y si Vreneli robaba algún objeto, era tan solo porque todavía no se consideraba como parte de la familia, esposa de Ruth, con lo cual todo lo que pertenecía a Ruth habría pertenecido a Vreneli. Así es que Vreneli, durante algunos años, prefirió robar. Aunque los bienes eran comunes, todo se remontaba a Ruth y a sus padres. A la estirpe. «Todo es vuestro», decía Vreneli. Y murmurando, tímida y dulce: «Incluso la cuenta en el banco». Cada semana, o cuando Vreneli

quería, Ruth le daba dinero. Ruth decidió que, a sus sesenta años, Vreneli ya debía tener una cuenta bancaria. Una mañana de mayo fueron al banco y, por primera vez desde que estaban juntas, Vreneli firmó con su nombre, el de verdad. No firmó con el nombre de la hermana difunta, como cuando llegaban los paquetes o las cartas certificadas.

Aún no se había acostumbrado a que la portera del bloque la saludara con el apellido de Ruth. *«Guten Tag, Fräulein Meyer.»* Ella era Fräulein Hess. Fueron a las Baleares, a las Antillas, a los lugares cuyas fotografías aparecían en los folletos turísticos, y Vreneli le dijo que, con ropa de verano, parecían las de las fotografías.

Solo estaban acumulando recuerdos. Ella, Vreneli, quiere recordar quedándose en casa, no quiere vivir los recuerdos. ¿Lo entendía Ruth? Vreneli se había vuelto difícil. Recuerdos y suciedad. Descuidaba la casa, el polvo se acumulaba sobre los muebles, los espejos estaban opacos. Solo por la noche la casa reencontraba la pompa de otro tiempo. Vreneli encendía las velas, las llamas entraban en los espejos, como el primer día. Los días se hicieron inconsistentes. De repente se podía tocar la noche.

Deseó hasta el final un vestido nuevo. Cuando ya no pudo levantarse de la cama, sus manos acariciaban los vestidos. Escogió uno para llevar en la tumba. Después de dudar mucho. Discutió largamente con Ruth. La elección del vestido fue un placer. Vreneli pareció contenta con la elección y en paz consigo misma. Le hizo prometer que no le quitaría los zapatos de raso. Deseó que la enterrasen en la tumba de la familia Meyer. Porque era lo que tocaba, dijo. Y en la tumba de la familia Meyer había sitio. Porque Ruth no se había casado y no había tenido niños. Para los cuales habría habido sitio. «¿Y qué van a hacer los Meyer?», preguntó entonces Vreneli. «Se enfurecerán.» Ruth debía asegurarse de que su ataúd estuviera herméticamente cerrado. Quizás, sugirió, sería mejor un ataúd de hierro, como las armaduras. Ruth sonrió. Dijo: «No seremos más que gusanos, querida, polvo». «Oh, los gusanos...» También Vreneli sonrió. Sus ojos azules eran ligeros, esquivos.

A la mañana siguiente hubo alboroto. Acabadas las formalidades y la inhumación, que fue sencilla, Ruth abrió la puerta de hierro forjado del sepulcro y no se movió de allí hasta que las letras del nombre estuvieron grabadas: VRENELI MEYER HESS.

Porzia

En el momento del accidente, Doris Bechtler esperaba, despierta en la cama, el beso de buenas noches. No experimentaba sentimientos positivos hacia sus progenitores, que se habían olvidado de ella. Llevaba un camisón rosa, en la habitación rosa. Desde siempre había sido su color preferido y también ahora, a los veinticuatro años; de noche seguía vistiéndose de rosa. Todavía parecía una niña, los labios apretados por la contrariedad. Apenas oía un ruido se preparaba para levantar los brazos, porque cuando la madre y el padre entraban en la habitación para desearle las buenas noches, ella les estrechaba el cuello con fuerza y afecto. Lo mismo que hacía en los primeros años de su vida, cuando tenía los bracitos torneados como los de las criaturas. Y ávidos eran los abrazos que recibía, la madre a menudo la apretaba tan fuerte contra sí que parecía que quería ahogarla.

Y también la noche de la que estamos hablando se sentía impaciente por aquel abrazo, cada día parecía el último. Hay quien dice que la juventud es el tiempo en el que se anida la ruina. Este, desde luego, no era el caso de Doris Bechtler. Juventud e infancia permanecieron en ella inmaculadas, tanto en el cuerpo como en el espíritu. El cuerpo ha sufrido algún cambio, como es obvio. La pequeña se ha hecho mayor, pero nada más. Tiene los ojos clavados en el vacío, con amenazante capricho. Abandona la mirada en el recuerdo de las horas precedentes. Había entrado en la habitación de matrimonio, la madre se había sentado a la mesilla del tocador, frente al espejo oval. En el espejo estaba el rostro de la madre, el cuello y los hombros cubiertos. Tras ella, Doris había adoptado una pose como para una fotografía, había apoyado una mano sobre su hombro. Habría deseado permanecer por más tiempo en la imagen, eran los últimos momentos de la acicaladura. El rostro y los cabellos de la madre estaban perfectos y Doris tenía permiso para introducirse en el espejo, abrocharle el alfiler de perlas y admirar su

belleza. «Eres perfecta, *Mutti*.» La madre se levantaba de golpe —siempre era demasiado tarde— y se marchaba deprisa. Doris miraba el busto que se erguía en el espejo y desaparecía después rápidamente. El espejo quedaba vacío e inútil.

El bulldog ladra. Doris abre la ventana. El perro, encerrado en un amplio recinto rodeado de una red metálica, camina nervioso de un lado a otro. Hay luna llena y el lago reposa tranquilo. O casi. Parece podrido. Doris se pone la bata rosa y se desliza de la habitación al pasillo, llama al cuarto de los padres, entra de puntillas, en la cama no hay más que el camisón de la madre, puesto como un calco sobre la colcha de piqué. Al otro lado de la cama, los pantalones del pijama y la parte de arriba abierta. Las primeras luces entran en la habitación y muestran los dos fetiches a la espera de ser habitados. Porzia es la artífice de la postura de las prendas nocturnas, desde que la señora, la primera vez que las vio colocadas sobre la cama, dijera a Porzia: «Parezco yo, es como si estuviera en ellas».

A Porzia le pareció un cumplido y desde entonces —habían pasado veinticinco años desde que se casaran los señores Bechtler— había dado al camisón de la señora una apariencia semiviva. Porzia procedía de un pueblecito de Val Brembana, en Bérgamo. No hablaba ni una palabra de alemán, pero aprendió enseguida el suizo alemán.

Cuando nació Doris, la única hija, Porzia fue capaz de cantarle las nanas en suizo alemán. Tenía la misma edad que su señora, pero no rebosaba vitalidad. En las horas de ocio y de libertad su ímpetu era escaso. Se sentaba en una banquetita frente al lago como si se sintiera cohibida. Algunas veces iba a la iglesia y se arrodillaba. Le parecía estar viendo el lago en lugar de un altar. No reza. Pero si alguien la hubiera observado, habría pensado que aquella mujer debía de ser muy devota. Intensamente encerrada en sí misma, como amurallada, y con una mirada hermética y malvada. Una violencia ancestral en las pupilas, donde tal vez los antepasados no fueran sino presa de los carnívoros. Así se mostraba Porzia en sus horas libres, los jueves y los domingos por la tarde. Cuando volvía a casa de los señores, recuperaba su expresión cotidiana, abandonando a la nada sus visiones. El suave verde de los ojos

recobraba su luz. Una sonrisa amable. «¿Dónde has estado, Porzia?», preguntaba la señora. En una ciudad lacustre siempre se acaba por ir al lago y por fijar la vista en él. Porzia se dejaba acosar por lo que había retenido. Y no conseguía rescatar los ojos, que descendían al fondo del lago. La acosaban cosas muertas. Porzia era graciosamente burda, con los cabellos azabache y cortos parecía un muchacho. La señora Bechtler estaba convencida de que Porzia era virgen. «¿No te gustaría casarte y tener una familia?», le había preguntado en una ocasión. *«Nein»,* respondió simplemente Porzia. Y mantuvo aquel no. No quería una familia propia, y cuando llevaba a la pequeña Doris en el cochecito y paseaba por la orilla del lago de Zúrich, ya había olvidado a su familia de Bérgamo, a sus acerbos viejos, por aquella niña, que alguna vez por equivocación la había llamado «*Mutti*». Y tampoco ahora, de señorita, la trataba como a una criada, sino que la trataba *casi* como a una madre. «Tú eres mi mamá mayor», le decía. «Pero si tengo la misma edad que tu madre.» «Tú eres mucho más vieja que ella, porque eres vieja antes.»

La niña quería decir que ella era una bruja buena, que venía de lejos y que por arte de magia se había vuelto joven. Porque era una bruja. La niña le había contado que una vez había entrado en su habitación y que en el cajón de la mesilla de noche había encontrado un mechón de sus cabellos. Solo una bruja tendría mis cabellos en el cajón, había pensado Doris.

La niña crecía sin que le faltara nada. Y ahora, en la cama, estaba muy enfadada con sus padres. Saben que no puede dormirse sin el beso de buenas noches. Hacia las cuatro de la madrugada Porzia entró en su habitación. Se sentó en la cama. Mamá y papá ya no volverían nunca. La niña, la señorita, grita de rabia. Porzia debe decirle por qué no le han dado el beso de buenas noches. Es lo único importante. Porzia, durante un instante, piensa que se ha vuelto loca. ¿Es posible que no haya entendido que los padres están muertos? Los han encontrado en el lago, dijo midiendo las palabras. Si eso es cierto, si responde a la verdad, Doris quiere verlos. Los verá, piensa Porzia, en los dos ataúdes, arreglados, con los rostros cubiertos por un velo. Porzia acaricia a la niña. Agotada por la noticia

y por el horror, los párpados exhaustos, se duerme. Tal vez sea verdad, que están muertos. Porzia permanece aún unos momentos en la habitación, hasta que la respiración se vuelve tranquila y regular.

Tras las formalidades de costumbre, el funeral. En la capilla protestante del cementerio de la ciudad de Zúrich, Doris escuchó el sermón del pastor Anton, que la había bautizado. Mientras el humo ascendía al cielo. Se estaban abrasando todos, era primavera. Sus padres se sentían satisfechos y orgullosos de ella, estaba diciendo Anton. Cuando la ceremonia acabó, Doris dio las gracias al pastor y lo invitó al banquete fúnebre. Doris había escogido la decoración floral para la capilla, pero no el menú. Aquello estaba escrito en el testamento. Los progenitores habían dispuesto los *hors-d'oeuvre* y el orden de los vinos. La heredera universal se había preguntado, enconada, cómo era posible que los padres hubieran dado instrucciones para el banquete. Además, habían dado instrucciones para las limusinas de cada uno de los invitados. También esto estaba escrito en el testamento. Parecía como si a sus padres solo les importara aquella comida de duelo, inmediatamente después de las exequias. Doris había podido escoger las flores para la capilla, las flores no se mencionaban en el testamento. Y Doris fue parca. En la capilla no daban la impresión de suntuosidad, eran flores tímidas, bellas y modestas.

Se había pasado mucho tiempo en la floristería. Porzia, detrás de ella, no decía ni una palabra. Llevaba un viejo sobretodo negro y un gorro impermeable, los zapatos negros con la punta un poco cuadrada. «Es solo vanidad», dijo en voz alta Doris. Las coronas. Porzia baja los párpados en señal de asentimiento. Luego se acerca y le dice que no es más que un prejuicio que sea vanidad y... Pero Doris responde de inmediato que no tiene prejuicios y que el penetrante aroma de las flores le daba náuseas. Ya están marchitándose. Y además tenía la sensación de que las flores eran muy caras. No estaba acostumbrada a gastar, aun siendo rica. Ahora la heredera universal está aturdida por el precio de las cosas. Su mirada fija se clava en las rosas amarillas.

Nunca había tenido que tratar con el dinero. Ahora le tocaba a ella decidir la suma que gastar en flores para la capilla protestante. Las limusinas le parecieron caras. Y también el restaurante. Pero debía acatar la voluntad de los padres. Estudió las cuentas de los meses precedentes como si de un libro del colegio se tratara, para tener una idea del precio de la vida. No se extrañó en absoluto de la cuantía de su fortuna. Ahora todo le pertenece, los muertos, el patrimonio y una buena parte, reflexionaba, de la nada. Porzia estaba ahí para ayudarla. Podría decirse que ella conocía la invisible voluntad de los señores Bechtler. Porzia intentó explicarle que es un deber ofrecer una comida, mejor aún, una comida excelente a todo el que asistiera. Una comida, dijo Porzia, inolvidable. Respecto al párrafo tres, el párrafo que daba instrucciones referentes a las exequias, Doris se atuvo escrupulosamente a los deseos de los padres. Que también parecían los de Porzia. La señorita y Porzia, sentadas en el despacho del señor Bechtler, revisaron las cuentas, hasta que Doris bostezó. Era muy agotador, y la muerte parecía agotadora. Por otra parte, tendría que responder a las tarjetas de pésame, de vivísimo pésame. Suplicó a Porzia que lo hiciera. Y Porzia se sintió muy contenta de ayudar a su niña, que no tenía ganas de dar las gracias. «No te olvides de nadie, Porzia, *Mutti* también escribía tarjetas cuando moría alguien. Y no tenía ganas de asistir a los funerales.» Porzia se puso a trabajar por la noche sentada al escritorio del señor Bechtler, mientras Doris dormía y no necesitaba preocuparse de nada. Había hecho ya mucho. Había tenido palabras de consuelo para los invitados, que tan sinceramente apenados estaban por la muerte de sus padres. Los dos de una vez. Porzia, en su habitación, tardó en desvestirse. Permaneció largo rato de pie, reflexionando. Abrió el cajón de la mesilla de noche y en el fondo encontró la cruz de madera, el único objeto que se había traído de Italia. Lo habían puesto entre las manos de su madre moribunda, y ella se hizo con él en el último momento. Casi sin darse cuenta, se lo había metido en el bolsillo. Y mientras viajaba en el tren hacia Zúrich tocaba aquel objeto, sin sacarlo del bolsillo. Le parecía algo profanado, y no quería que ninguno de los demás viajeros lo viese. Pero ahora la tiene en las manos. La levanta hacia

el techo. Sobre aquel objeto pesa una gran sombra. Luego coloca la cruz sobre la cama, en medio, justo donde imagina que, en aquel otro lecho, estaban las manos entrelazadas de su madre. Ella robó la cruz. Deseaba encontrar un sentido a todo eso. Nunca ha sido religiosa. Pero ahora aquella cruz parecía hablar. Le sugería pensamientos. Era una cruz de unos doce centímetros y sin el Salvador. Era solo una cruz. La cruz, está pensando, acompaña a todos los difuntos. Está allí, inmóvil, como un escorpión durmiendo. Le da la sensación de que en aquel objeto se encuentra la savia de sus pensamientos recónditos. Al robarlo ha cometido un sacrilegio. No se puede hurtar a los difuntos —y su madre había sonreído, como si percibiera, ya desde el reino de la noche, que estaba acompañada de la cruz bendita—. «Mira», había dicho alguien, «tu madre está sonriendo.» A veces —ella lo sabía, lo había visto en los animales— sufren después una contracción nerviosa, un espasmo de los músculos.

Finalmente se quitó el sobretodo negro. Tenía calor. Abrió la ventana. Nubes hinchadas corrían sobre la luna, la luz entraba en su habitación y acto seguido se apagaba, como sus pensamientos intermitentes. Un calor húmedo la invadió, la primavera ya resultaba molesta. Ahora sabe por qué robó la cruz. El hurto de la cruz había constituido su objetivo. Había robado el objeto de fe de las manos gélidas e inmaculadas —esto es lo que se dice de las manos— casi como en un rapto. No fue premeditado, pero quiso quitar de las manos de la vieja lo que más le importaba, para castigarla. Para, por una sola vez, contrariarla. Siempre había sido obediente y sumisa. Iba a ordeñar porque se lo habían ordenado. Y era algo que le repugnaba, no le gustaban los animales, ella quería estar al servicio de un ser humano. A su alrededor había sobre todo animales, sus padres, algún niño. Algún niño que torturaba a las lagartijas y a los conejos. Porzia era amable con los animales, pero no quería tener nada que ver con ellos. Ordeñaba. Sombría, con mente perversa. Un día se marcharía. Con los seres humanos.

En el gallinero estaban sus compañeras, las gallinas. Llegaba a verlas transformadas en mujeres. Las patas en las cuñas, y fuera de la bolsita arrojaban un huevo. Pero cuando las degollaban los perros

vagabundos, o los lobos, o los zorros, entonces decía que se trataba solo de gallinas. La reprendían, era culpa suya, que se había dejado la puerta abierta. Toda aquella sangre era culpa suya. Los chicos la menospreciaban porque dejaba que degollaran a las gallinas y a los conejos, pero sus ojos estaban llenos de estupor y de alegría. No pasaba nada más allá arriba. En el tren se sintió libre, miraba el paisaje que ya no volvería a ver. ¿Tenía algún sentido, pues, que ella hubiese robado la cruz? Ahora Porzia comprendía. La tenía en el bolsillo cuando la señora Bechtler la había contratado y había notado cómo le golpeaba la madera en el costado. Tenían ambas dieciocho años. Ahora la señora está muerta, y el señor también. Han tenido un accidente de coche. El objeto de madera colocado en las manos entrelazadas de su madre se había vengado. La fe, los objetos de culto siempre son vengativos, pensaba Porzia.

Bajo tierra, la madre de Porzia habría seguido adorando aquel pedazo de madera. Le había dado las gracias incluso cuando degollaban a las gallinas, pero la culpa era de Porzia. Porzia ha conseguido que bajo tierra su madre no rezara más. Al robar el objeto le ha quitado vida a la vida que ya no existía. Ahora se desespera por no poder adorar más aquel pedazo de madera, piensa Porzia.

En los días que siguieron a las exequias, el perro de los padres, el bulldog *Alfred,* subía a la habitación del matrimonio y gruñía. Doris intentó hablarle. No debe molestar. Se lo decía con dulzura, la dulzura que tienen a veces los señores para con los subordinados. Ella ya se sentía muy triste por la ausencia de ellos dos, no quería que nadie le hiciera de contrapunto. Que era lo que *Alfred* hacía. *Alfred* escuchaba enderezando las orejas. Doris cerró la habitación de los padres, que había permanecido intacta, la seda sobre la cama y del otro lado el pijama del señor. Doris le decía al perro que la mirara mientras ella le hablaba, y *Alfred* alzó la pata, que Doris tomó de inmediato. Amigos como antes, *Alfred* ha comprendido. A Doris le aliviaba que Porzia se mostrara fría y afligida y se comportase como si nada hubiera sucedido. En la mesa, en lugar de a tres personas, solo se servía a una, a la señorita. Pero el dolor de *Alfred* era en verdad demasiado franco. Al día siguiente logró entrar en la

habitación de la segunda planta y comenzó a gruñir de nuevo. Doris le pegó con la correa. El bulldog le mostró los dientes. ¿Quería conmoverse más que ella? Lo regaló a una pareja de ancianos que tenía una casa con jardín en Meilen. Al perro lo envenenaron más tarde los propios ancianos. Porzia había acompañado a la señorita a casa de los viejos. La pareja —parecían hermanos— estaba tomando el escaso sol en el jardín, los párpados entornados, pero atentos a todo cuanto sucedía fuera del jardín. Dos seres muy altos se inclinaron sobre el perro y lo escudriñaron. Con los ojos brillantes por la emoción, dijeron: «Nos hará compañía». «Nosotros estamos muy solos, señorita Bechtler», dijo la anciana, con un ligero chillido obstinado. Tras haber escudriñado al animal en silencio, dando vueltas a su alrededor, invitaron a la señorita y a Porzia a entrar en la casa. Les ofrecieron un vaso de agua. Se sientan y da comienzo una parca conversación. Secos y distantes los dos. El anciano tiene el cabello gris, cortado a cepillo, y su esposa el cabello recto, a la altura de la nuca. La anciana bebe lentamente el vaso de agua. Mueve los labios, de repente emite un grito, un agudo salvaje. «Mi nieto es precioso.» Después calla. «Está allí.» Con la mano huesuda señala la consola. En el marco de plata, la fotografía. Porzia y Doris miran hacia ahí. «Es un niño muy mono», dicen. La anciana mueve los labios con una sonrisa. «Todos dicen que parece una niña», murmura con rencor. De nuevo el silencio impregna su frente. Pero ahora es el hombre quien habla. Mide las palabras una a una, como si las contara. Aún tiene unos años para gozar de la casa y del jardín. Y del niño que parece una niña. Su mirada se ensombrece. El tiempo merma. Han hecho algunos sacrificios, pero los sacrificios que se hacen no tienen reciprocidad. Es una ley natural. Eso lo entristecía. El niño que parece una niña muestra seráfico los dientecitos, los rizos amarillos, los ojos azules, la boca coloreada, las mejillas rosadas, como tantos miles y miles de niñas. Está sobre la consola, tal vez espera hacerse un poco más hombre, pero no da la sensación de que eso lo angustie. Al contrario, ojalá permaneciera siempre así de graciosa, piensa Porzia.

En los viejos, los deseos terrenales son muy intensos. El hombre insiste en decir que quiere ver crecer a aquel niño, hasta que su voz

suene como la de un hombre. El resto del mundo no entra en sus ojos, cualquier cosa extraña parece un estorbo. Un perro de verdad, como el bulldog llamado *Alfred,* ayudará en el crecimiento del niño, para animarlo a que se convierta en un hombre. No los animales de trapo y de plástico que llenan su habitación. Están por todas partes. A ellos, a los viejos, les da asma estar en aquella habitación, con esos estúpidos muñecos. El bulldog es real.

Se suceden las estaciones y Doris está sentada en el sillón en que se sentaba el padre. Se regodeaba en el dolor. Todo es silencio. Doris no oía nada. Ni siquiera el ligero y apacible temblor de las cortinas de encaje, que parecen respirar en la brisa. Conque ellos ya no están. Pasaba muchas horas en la tumbona, en el prado frente al lago. Y meditaba. Se está bien en el mundo cuando a uno no le falta de nada. Del mismo modo que se estaba bien aunque los padres estuvieran muertos. Ella era la dueña. La dueña de la casa vacía y del jardín, pero también la dueña de sus padres. Cuando los demás mueren, somos un poco como sus dueños, sus tutores. Nunca ha pensado que fuera al contrario, que quizás nuestras vidas puedan estar gobernadas por ellos.

Cuando había niebla, el lago emanaba una luz de plata bruñida y el jardín se tendía en el agua. Parecía un pantano de difuntos. Respiraba aquel aire un solo ser vivo, ella. La mesa de hierro forjado, donde se habían acostumbrado a comer en verano, se hallaba cubierta de hojas y se había vuelto muda, como todas las cosas en el jardín. Todas las palabras que se habían dicho habían desaparecido. Incluso aquella especie de resonancia que permanece tras una desgracia, casi cristalina, y que durante algún tiempo se alarga, y más tarde se hunde, aplastada por un lienzo gigantesco. Al principio, cuando hacía pocos días de la desaparición de los padres y perduraba el agudo sentimiento de la pérdida, ella oía sus voces. Las voces del padre y de la madre. El helado de melocotón sobre la mesa. Las frambuesas, la grosella, el púrpura de los arándanos. Las voces en su dialecto, lentas y monótonas. Las rosas amarillas del

jardín sufrían cicatrices. Para su cumpleaños los padres invitaban a los niños, los llevaban en barca a dar una vuelta por el lago. Doris se sentía presa del aburrimiento. La barca está todavía en la dársena. Las telarañas cubren las portillas. La habitan los restos de los niños, su risa, *happy, happy birthday,* risa de insectos, hilos y pinzas en el interior. En el sueño, la barca flota como en un pantano, en un olor de agua maligna.

Le pareció que había luz en la habitación de sus padres, ahora cerrada desde hacía años. Entró a toda prisa. Los ojos extraviados y melancólicos de *Alfred* la miraban fijamente. Al menos eso creía. Estaba tumbado. Intentó acariciarlo, pero huyó. Doris se arrepentía de haberlo castigado por su torpe canto fúnebre. Le disgustaba habérselo regalado a los viejos. Y se lo dijo, buscándolo por todas partes, pero el perro se había esfumado. «No puede ser *Alfred»,* piensa. «Solo son los ojos, que me engañan.» No debía arrepentirse en absoluto. Le llegó la voz de Porzia. Había hecho bien en desembarazarse de *Alfred. «Alfred* soy yo. Yo me he tumbado. Lo demás era pura credulidad.» Doris sabía muy bien que a *Alfred* lo habían envenenado los viejos. ¿Acaso creía Doris en la resurrección? Y Porzia se rio. Como nunca había reído desde que naciera. Era ella la que ladraba, era ella la que había entrado en el alma de *Alfred* y de los señores Bechtler y que entraría en el alma de Doris. Los ojos extraviados y melancólicos de Porzia se exaltaban ante las llamas que rizaban las cortinas como para un baile. Sostenía en la mano un objeto negro, que a duras penas logró quemar. Los objetos de culto son vengativos.

Los gemelos

El pueblo no tiene nombre. Hay una iglesia, rodeada por los muertos, una decena de casas, los heniles y las ruinas de los gemelos Schübeli. Si pasa un transeúnte, y esto ocurre pocas veces, se detiene a mirar las lápidas. Son de piedra, pero una es de madera y parece de cuero. No puede saber, el transeúnte, que tras las cortinas de las ventanas lo observan unos ojos duros y precisos. De lejos un sonido confuso, las hoces. No deberían entrar en su cementerio. Es como entrar en sus casas. Los extraños entran incluso en sus jardines minúsculos. Un cartel advierte: PROHIBIDO TOCAR LAS FLORES. En las regiones alpinas de lengua alemana maduran con vigor, para marchitarse lentamente, con indolencia. Al parecer, tampoco a ellas les gustan los extraños, porque cambian de color cuando se acercan pupilas de otros mundos, como si fueran presa de la locura. Al tiempo que se recoge el heno, se siegan todas las flores de los prados, quizás de un modo prematuro. Un poeta, después de haber cortado los tallos de las anémonas y de haberlas colocado con libertad en un vaso bajo el reverbero de la luz eléctrica, las comparaba en la actitud y en el gesto de abandono con santa Teresa, según la había imaginado Bernini. Las lápidas y las flores son seres en rebelión. ¿Seres? Un ramo de flores sujetas por alambre no es bello. Ni siquiera envueltas en un papel fruncido, como una gorguera. Las gorgueras quedan bien en los retratos de Rembrandt, sobre el fondo oscuro.

Aquella lápida de madera, que parece de cuero, pertenece a la familia Schübeli. Los nombres no estaban grabados, parecían escritos con tinta. O con sangre negra. «Poder admirar las cosas simples», decían los transeúntes. «La muerte es simple: un arriate, un nombre desaparecido. Y la limpieza, el silencio, verano e invierno.» Un viejo pasa con la horca. Tan solo los geranios lo miran desde las ventanas y las cortinas de encaje. Tras las cortinas, los ojos. Los habitantes mantienen los ojos ocultos, las miradas son las

casas y la madera. Solo se habían quedado los viejos y sus viejas esposas y el San Bernardo. Los hijos se habían marchado —parecía que desde siempre—. De ellos no quedaba ni rastro. Como si los recuerdos fueran superfinos y despreciables en el orden de las cosas. Y la prole, para aquellos viejos montañeses, ha sido la felicidad y el olvido. Sobre todo el olvido. Aquellos montañeses habían comprendido que la esencia de la vida está en la limitación. O en la omisión. Cuando los gemelos Hans y Ruedi llegaron en una calesa, los acogieron con serena felicidad. Lo primero que hicieron Hans y Ruedi, acompañados por los viejos, fue ir a ver a sus padres al cementerio. Se quitaron la gorra, los cabellos brillaban como el oro. «Gracias», dijeron a la vez. Les daban las gracias por las ruinas que habían heredado. Los viejos los acompañaron a las otras lápidas. Los gemelos saludaron. Delante de cada piedra Hans y Ruedi inclinaron la cabeza, era un acontecimiento social. Una presentación en la Corte. Una reverencia a las almas. Hans y Ruedi eran iguales. Ruedi tenía un ojo azul y el otro castaño. Hans, los dos castaños. Así se los podía distinguir. Al hombro, un hato. Eran sus pertenencias: calcetines de muda, un traje de paño oscuro, la Biblia y los zapatos amarrados con un lazo. Tienen dieciocho años. En la casa hay moho, y sobre la mesa, una tacita rota en dos partes iguales. Era como la señal del destino: la habrían pegado, unido, como sus propias existencias. Pero luego cada uno tomó una mitad, la tiró al suelo y la aplastó con un pie. De las vigas bajas pendían algunos ganchos. ¿Por qué no han colgado nada? ¿Ni siquiera un chivo? Ahora pueden decir todo lo que piensen. Sin notar la boca llena de veneno. «Márchense», dijeron a los viejos. Hans y Ruedi habían dejado a sus compañeros de desgracias, otros huérfanos, hacía pocas horas. La institución estaba a cargo de la Confederación. La desgracia no era que fuesen huérfanos, la desgracia para los gemelos había sido tener que esperar a la mayoría de edad para tomar posesión de la casa. Su casa de origen, así la habían llamado. La casa en la que habían nacido de una mujer muerta. La han soñado. Sentían nostalgia de aquel lugar para ellos desconocido y hablaban de él continuamente. En el orfelinato se imponían el bien y la limosna. Esa limosna que no hace sino perpetuar la miseria. Se

habían vuelto salvajes, no sentían afecto por nadie. En la Confederación había pocos huérfanos. Algunos de ellos habían encontrado una familia. Hans y Ruedi habían procurado que nadie los quisiera, para ellos el afecto era el peor de los enemigos. Y no querían separarse. Matrimonios acomodados ya habían adoptado a coreanos, filipinos, indios, pero a los gemelos les temían. Los gemelos quieren regresar al lugar que no recuerdan. El lugar, decían, de la evocación. Ya no tienen ni vínculos de sangre, ni la generosidad, ni la amistad de sus compañeros, que de noche dormían un sueño pesado, fatigados. Algunos niños querían jugar con los gemelos y los molestaban. Ellos estaban evocando. Y jugar con los demás era para los gemelos una desdicha. Ellos jugaban, por decirlo sin complicaciones, con el más allá, de una manera razonable. A Hans y a Ruedi les bastaba, durante la media hora de recreo, con caminar de la mano y sentarse juntos. Miraban con hostilidad a los sargentos del orden y la brutalidad en general. Fueron más felices a los catorce años, cuando se convirtieron en pinches. Se los consideraba trabajadores. Habían saldado su cuenta con la caridad. Habían salido de la infancia. Habían salido de la corrupción. Los juegos tenían un salario. A los dieciséis años ingresan en la Iglesia y reciben la confirmación. Se visten de negro. Como adultos. A ellos el rito les agrada. Se sintieron impresionados por los estucos color bizcocho. La frivolidad de los ángeles. El día de la confirmación se lo pudieron tomar libre. A los gemelos les pareció largo. Permanecieron todo el día en la cama, vestidos de negro. «Qué educados son», pensaron los viejos, mientras los gemelos inclinaban la cabeza ante las lápidas.

Hans y Ruedi duermen en un colchón sobre el suelo. Luego se construyen una cama, una cama muy grande. Taracean la cabecera con bayas, racimos de uva y losanges. Desde entonces no franquearon jamás los confines de ningún otro lugar. Tan solo una vez, al cabo de un año, fueron a una ciudad para comprar la radio. Por la noche querían escuchar un poco de música. Y bailaban. En invierno el pueblo quedaba sepultado bajo la nieve. Por la mañana temprano, Hans y Ruedi la quitaban con palas de delante de las casas de los viejos. Los viejos estaban volviéndose perezosos. Les

alegraba contemplar a los dos muchachos nacidos de la muerta, tan fuertes y un poco animales. Trabajaban la madera. Construyeron sillas medievales, toscas, pesadas, y una mesa larga. Se sentaban a la cabecera de la mesa. Los vasos eran altos, los platos grandes, los techos bajos. Y, puesto que había mucha madera, se dedicaron a los ataúdes. Se dejaron llevar por su inspiración artística, tal y como habían hecho con la cabecera de la cama. Taracearon los ataúdes con cruces, gallos, racimos de uva, esferas. Los viejos acudían a admirarlos —y querían el más hermoso—. Hans y Ruedi taracearon también paisajes. Con el mismo ímpetu, se pusieron a pintar. Paisajes tropicales, rinocerontes, serpientes, animales con cabezas humanas. Ocultaban la cruz entre las escamas. El paisaje tropical sintonizaba bien con la nieve que enterraba el pueblo. «¿Dónde habéis visto todo esto?», preguntaban los viejos. En las cocinas. Mientras lavaban los platos y soñaban con su casa de origen, la soñaban repleta de figuras. Veían fundirse los rostros en el agua sucia. Y también las nubes. Sus maestros habían sido nubes y marismas. Era un pueblo feliz. Tenían todo lo que necesitaban gracias a un teleférico. Y también, cuando podían, dependía de la nieve y los aludes, acudían el pastor y su esposa, para los oficios.

Una tranquila mañana de domingo del mes de febrero el pastor profirió un alarido en la capilla. Aquel día también iba acompañado de su esposa, tal vez por el insólito calor se había puesto un sombrerito primaveral. «¡Paganos!», había gritado. La esposa, que estaba sentada al lado de los gemelos, nunca lo había oído gritar. Incluso su sombrerito se estremeció. El penacho se le puso a temblar. Nunca lo ha oído gritar. En veinticinco años de matrimonio. El pastor hablaba siempre en voz baja, y ella misma, que estaba acostumbrada a hablar alto con los animales del corral, tuvo algunos problemas. En la mesa, durante los primeros tiempos de casados, cuando le servía la sopa, le gritaba si quería repetir y se quedaba de pie con el cucharón en la mano. *«Noch einmal?»,* «¿Más?» Ella estaba acostumbrada a hablar alto. El marido murmuraba: «No grites», y ella se quedaba de pie, esperando por si él quería que le sirviera por segunda vez o no. Se sentía ofendida. Un rubor de tímida, de susceptible rabia le subía a las mejillas. Bajaba la voz de

inmediato y así, con los años, también la señora susurraba. Como si hablar fuera un ultraje.

Según el pastor, los gemelos estaban condenados. «Son unos salvajes», dijo. Los viejos —habían quedado alrededor de diez— escuchaban impasibles. Nunca se ha mostrado franco, piensan, ni en los oficios religiosos ni en los últimos adioses. Conocían sus palabras descarnadas y su silencio, con la boca ansiosamente apretada, ante quien ha sufrido un momento de conmoción cuando la tierra cubría a un ser allegado. Para la esposa no ha sido fácil, aunque a los cuarenta años le pareció un don de la providencia que aquel hombre la pidiera en matrimonio. Y ahora al pastor Brändl le suplican que brinde el último adiós al perro San Bernardo. Antes se hacía así, dijeron los viejos. En las montañas. La esposa sufrió un sobresalto. Poco después de casarse con el pastor, le habría gustado pedirle a su marido que leyera un par de versículos de la Biblia por la pequeña *Eveline,* pero no se había atrevido. La gata le había hecho mucha compañía. Había apoyado la patita en su brazo para agradecerle sus cuidados. El pastor la metió en una bolsa de plástico. Sin mirarla. Le tocaba tirar la basura a la esposa. Y la esposa desinfectó la cocina. Para Brändl la muerte es la peste, es suciedad. «¡Paganos!», seguía gritando.

Ella iba a la tienda de animales disecados de Coira. Intentaba reconocer a la gata que había tirado a la basura entre las cabezas semivivas de otros animales. Estaba buscando algún parentesco, tal vez entre zorros y cóndores. «Nosotros no disecamos gatos, señora. En Coira, no», dijo ofendido el comerciante. Pero siguen disecando, pensaba la señora, y a ella le bastaba. Alguna vez experimentaba un sentimiento de culpa, mientras en silencio y de puntillas entraba en el estudio del marido, el pastor que la reñía por cualquier nadería. Y a saber el castigo que le habría infligido si se hubiese enterado de sus visitas al disecador, que resucita aquello que es vano. Tras muchas indecisiones compró una lechuza. Le pareció que estaba caliente cuando la tuvo entre los brazos. La envolvió en trapos viejos y la escondió en un armario. Le quedó grabada la mirada autoritaria y vacía mientras la tapaba para esconderla. Durante todo el día notó los ojos que la seguían, su frialdad.

La invadió una fuerza enorme. Ahora puede defenderse del marido. Entró de puntillas en el estudio, le sirvió el café con los bizcochos. El pastor lo agradece sin abrir la boca. *«Nichts zu danken»,* dice ella por vez primera, «No hay de qué». Habría destruido los trapos del ave disecada. Si antes el agradecimiento era una especie de salvación, ahora ya no le era necesario. La mujer ha cesado de expiar, y si la expiación pasa a través del alma, ella ha dejado de tener una, esa cosa que el marido albergaba en las encías, oscuras, violáceas. Y que ella, hasta el día funesto del matrimonio, había imaginado que estaba en el corazón. Las almas no quieren ni oraciones ni palabras. Las almas querían la complicidad del silencio. Una guirnalda de flores amarillas ceñía la enorme cabeza del San Bernardo. Los viejos le ofrecían la comida en una escudilla de madera. Con los guantes de cabritilla blanca, Hans y Ruedi lo acariciaban. «¡Paganos!», gritó por última vez Brändl y calló. Calló frente a la enorme cabeza del perro. Deseaba que los buitres le sajaran la cabeza, y a los gemelos también. Nunca había sido violento, nunca había tenido pensamientos tan brutales y, puesto que para él los pensamientos eran la única manifestación de la verdad, sintió miedo. Deseaba la muerte de la carroña. Se había arrojado sobre el perro con un bastón. Lo golpeó. «Padre, ¿por qué razón se arroja sobre algo muerto?», habían preguntado al unísono los gemelos. Los gemelos parecían oficiantes de un rito. Sonríen. Repiten la pregunta con voz persuasiva. ¿Acaso ese algo muerto gruñía? Arrancaron el bastón de las manos de Brändl y lo partieron en dos. Los objetos con que ejercer la violencia, dijeron, se rompen con facilidad, padre. Lo ve, es muy fácil tener pensamientos violentos. Brändl deseaba que los gemelos fueran despedazados. Despedazados por cosas muertas. Imaginó que el paisaje tropical pintado por los gemelos cobraba vida. Trofeos de odio y de tristeza. Reconoció rostros de santos, calcomanías, máscaras. El verde oscuro de las tinieblas hacía que las sombras parecieran cuerpos palpables, sofocantes.

Pensó en su austero escritorio de madera oscura, en su sobrio y confortable estudio donde se había sentado a reflexionar sobre el sermón. Pensaba mucho. Murmurando. «El Verbo se encarna, pero

nadie se da cuenta.» Sus manos apretaban el vacío. Luego se apoyan sobre las rodillas. La luz roza su perfil, tiene las gafas sobre la punta de la nariz, los párpados entornados, los pies unidos en los largos, pesados zapatos. Aquel hombre es el pastor Brändl, tal y como él imaginaba su apariencia. Y no ese que grita. Las páginas de la Biblia se habían deshojado solas, embestidas por golpes de viento enérgicos en la habitación poco iluminada, mientras iba pensando qué decir y cómo iba a organizar su sermón. A pesar de la Verdad, sentía que siempre debía inventar. Y sentía miedo. La Biblia le daba miedo —¿y cómo no?—. Sentía un apasionado miedo de las Sagradas Escrituras, del conocimiento del absoluto y de su desarrollo fabuloso.

Daba importancia a la entonación de la voz. Debe de haber tenido un espasmo de horror al oír cómo gritaba su voz. Como si la existencia no fuera sino una secuencia de voces, un alternarse de voces bajas y constantes, bien educadas. Y finalmente una voz aullante, como fuera de sí, de poseso. La voz durante sus sermones era monótona, lenta, sin énfasis —y esto agradaba a sus fieles—. Su voz aullante lo persigue. Desorientada. Ahora todo había pasado. Y la jornada se volvía más pura y perecedera. Por una necedad. ¿Qué pasa por dedicar un último adiós al San Bernardo? ¿No puede ofrecerse un último adiós a una lechuga? ¿No puede decirse adiós a una mera exterioridad? En las tiendas de frutas, verduras y flores, estas hacen alarde de su belleza, ¿no acude a nuestra mente la idea de despedir religiosamente aquellas ejecuciones? ¿Aquellas fantasmagorías? Un pensamiento agradable. Recordaba el Crawford Market de Bombay: los colores de las verduras estaban impregnados de ebriedad, transportaban a la gloria. Los comerciantes dormían. Para ellos la jornada acababa cuando el sol estaba en su cenit. Así, en lo alto, donde quizás no puede llegar el espíritu —porque se ciega —. Un aroma de especias, deseos, exhalaciones, los animales en las jaulas, los frutos de la tierra en la grandiosa aflicción de la teatralidad humana. Un aroma enervante. Era una *vanitas* burlona, voraz. En medio, sacos oscuros. Sobre los sacos, otros durmientes. El sueño de los comerciantes y la luz en oración bajo los obeliscos victorianos. Cuerpos sinuosos, recubiertos de harapos, tenían

también una forma teatral. Huesos, sangre y mente. Párpados entornados, se entreveían los ojos. Más que las palabras, para el pastor Brändl era importante la entonación de la voz. Así pues, a sus pensamientos había llegado el tiempo de la mortificación. Debía castigarse. Y debía castigar sus pensamientos. Los pensamientos no tienen remisión. Él mismo se convertía en un pensamiento. Un pensamiento tal vez no tenga forma física, pero Brändl sentía sobre sí la forma física del pensamiento. Pensó en mirarse al espejo. Quien desea el mal, siente el mal en sí. Brändl, el hombre apacible y caritativo, con cierta moderación, nunca ha tenido nada que ver con el polvo del bien. «Polvo», dijo en voz alta. Los pensamientos casi no necesitan ser pensados. Sino que se mostraban. El bien no es sino polvo y espejismo, todo se transforma, el bien impone el mal. Brändl deliraba. Todo avanzaba conforme a la razón, incluso aquello que parecía irracional. Brändl se enjugó la frente con un pañuelo de lino blanco cuidadosamente planchado. El sudor es fastidioso. Lo vieron correr hacia el norte, tropezar con una piedra, caer y levantarse de golpe. Cayó y volvió a levantarse más veces. Luego desviaron la mirada. Lo olvidaron. El sol estaba poniéndose, tras haber abrasado las nieves perpetuas. Dividió el paisaje en dos partes, la una, metálica, la otra, de fuego que se extingue. Dejó a las tinieblas su triunfo.

Los gemelos cerraron las puertas. En invierno quitan la nieve con palas. Una noche fueron amantes y se avergonzaron un poco. No lo habían hecho de jóvenes. Habían sido irreflexivamente castos. Y en la vejez los gemelos sintieron, como si se tratara de un mandamiento celestial, que debían conocerse bíblicamente. Se unieron una sola vez. Embriagados. Se trató de un furor espiritual, dijeron más tarde, y ambos se excusaron el uno con el otro. Los años transcurrían apacibles.

Los días se hicieron breves. La noche llegaba con las primeras horas de la tarde. Por la mañana se levantaban cada vez más temprano. Se miraban uno al otro y, tras constatar que seguían

vivos, se sentían contentos. «¿Estás despierto, Hans?» «¿Estás despierto, Ruedi?» A veces no quieren dormir, por miedo a no despertar. Se quedan tumbados en la gran cama taraceada, miran las pequeñas ventanas, se cogen de la mano, se aprietan las muñecas. Recordaban la época en que eran pinches y niños. Y a sus compañeros de desventuras, como si fueran fantasmas. La desventura parecía un don del cielo. Desventura sin dolor. Así ha sido.

¿Y ahora? Son robustos y tienen una fuerza superfina, dicen, que provoca el nacimiento de la melancolía. Tienen demasiada fuerza física, y a causa de este exceso se han vuelto melancólicos. Tal vez no saben en qué consiste la melancolía. Nunca han oído hablar de ella. Ni siquiera en la radio. Escuchan música. ¿Es una afección maligna? A causa de la melancolía usan las palas con furia. Usan las palas incluso donde no es necesario. En invierno estaban convencidos de haber llegado al final. Se desengañaron. La primavera se cuela burlona por las ventanas. Y cuando se mostraba la aurora, una luz apenas empapada de amarillo traicionaba la eternidad de un día. Comen en silencio. Mastican lentamente. Mastican incluso sin tener nada en la boca. Son presa de una especie de fútil y obstinada melancolía. En el pasillo, cerca de la puerta de entrada, estaba la escopeta, donación del ejército, la azada y el horcón. Tres objetos útiles.

«¿Quieres que te mate?», dijo Hans. «¿Quieres que te mate?», dijo Ruedi. No, no quieren. Se afeitan con cuidado. Planchan las camisas con almidón en los puños y en el cuello. Las dejan tiesas. Se ponen los trajes oscuros, los mismos que tenían para la confirmación. Entonces les iban grandes y ahora les quedan a medida. Dan un paseo por el pueblo. Pasaron por delante de las casas vacías, inclinaron las cabezas ante las ventanas con los postigos de madera cerrados. Solo queda fachada. Había dulzura en el aire. Quién sabe de dónde viene.

Los Alpes estaban cubiertos por la calma y el engaño, y las gencianas resplandecían con sus colores brillantes, los tallos doblados. Una mujer llamó aquel día a la puerta de la casa de los gemelos. Nada más entrar, sacó del bolso negro y brillante que

llevaba en bandolera un carnet que los gemelos no miraron. Con el rabillo del ojo vislumbraron la palabra «Policía». La mujer era de la Pro Senectute. Dijo que quería protegerlos. Tanto de la vejez como de la muerte. Menudos aires, pensaron ambos. Le dijeron que se sentara. Ellos, los señores, ya no podían vivir solos en aquella casa. Por otra parte, el pueblo está deshabitado. Debían trasladarse a una casa de vacaciones cerca de Coira. «¿Vacaciones?», dijeron los gemelos a la vez. «Sí, vacaciones.» Asintieron sus párpados entornados, expresión de la misericordia. Y encontrarían compañeros con los que hablar y jugar a las cartas. «Pero nosotros no jugamos a las cartas.» La señora afirmaba que el deseo de jugar antes de irse al otro mundo es natural. Debían distraerse de la idea de la muerte. Ella les prometía un paraíso terrenal antes de alcanzar aquel otro, a costa de la Confederación. La Confederación ya se hizo cargo antes de los señores, prosiguió, en cuanto que huérfanos. Se los protegerá. Y a quien ha pasado por un orfelinato, cuando llega a la vejez se lo acoge de nuevo. ¿Entendían? Les estrechó las manos con energía y dijo que regresaría. Tendrían que firmar unos documentos.

En cuanto estuvieron solos, los gemelos se pusieron a meditar. ¿Tenía ganas Hans de unas vacaciones antes de morir? No, dijo Hans. ¿Tenía ganas Ruedi de unas vacaciones antes de morir? No. ¿Tenían ganas de jugar a las cartas? No. Tan solo de escuchar música, en la penumbra. O en la oscuridad. ¿Tenían algún deseo los gemelos? No, no tenían ninguno.

La vieja vanidosa

I

Kurt y Verena Kuster van a celebrar las bodas de oro. Los vecinos dicen que es hermoso celebrar las bodas de oro. Lo dicen con afecto. *Es ist schön.* Hay en sus voces un tono casi de displicencia. Verena da las gracias. Por la noche, después de pasar un día sin hacer nada, el matrimonio Kuster se sentaba en la sala. Kurt miraba a su esposa, torvo. La miraba torvo desde hacía meses. Verena se había preguntado qué podía pasarle al marido. Faltaba poco para la celebración, medio siglo de convivencia, y ahora aquel hombre educado y amable la miraba en silencio, con reprobación. En la sala silenciosa se notaba el reproche, subía desde la tierra y se expandía como una bruma corrompida que envolvía los muebles grandes e imponentes. Ellos dos, en silencio, se apartaban como de una sequía de aquellos humores, los genios malvados. «Ojos sucios», había pensado Verena al observar al marido. «Ojos sucios», sigue pensando Verena, moviendo apenas los labios. También las lágrimas son impuras. Un dolor puede deformar los ojos. Pero no en casa de los Kuster. Y no en el matrimonio Kuster. Hasta entonces, Kurt jamás había tenido aquella mirada y aquella dejadez, aquella desidia. La tristeza, para Verena, es desidia.

Después se iban a dormir, cada uno a su habitación, tras dar gracias al Señor. Sí, le daban las gracias, porque podían disponer de dos habitaciones para pasar la noche. Ella quiso desde el principio las dos habitaciones. Cuando eran novios, le había hecho jurar que tendrían dos habitaciones. Y ahora Kurt, después de cincuenta años, dice que tiene premoniciones. Se le ha metido en la cabeza que ella está enferma. Está angustiado por su enfermedad. Finalmente se lo ha confesado. Fue un día de primavera antes del mediodía, y todavía quedaba todo el día por delante. Y, siempre dando gracias al Señor, ella, con ochenta y cuatro años, nunca se había sentido tan bien

como entonces. La señora Verena estaba mejor a medida que envejecía. «No estoy enferma en absoluto, querido Kurt», le decía. Kurt no escucha. Se había quitado la chaqueta, la primavera era sofocante. Una vieja chaqueta de lana. Tenía los hombros caídos, que no parecían tan caídos y débiles cuando se ponía una americana de *tweed*. «Ojos turbios», había pensado luego Verena. El dolor mancha los ojos. Las manos del marido son pequeñas, delgadas, el pulso débil, los pies minúsculos. Una parte de su cuerpo —Verena sabe observar con minuciosidad— ha permanecido joven, casi adolescente. La vejez ha olvidado adueñarse de aquella parte, los pequeños pies que el marido mantenía alzados sobre la cama, desnudos, blancos, los dedos tan bien formados que parecían una pieza única. Las piernas, tan blancas y femeninas, no tenían nada del flácido tormento de la edad avanzada. La vejez había olvidado adueñarse de las piernas. «Tengo miedo», le había dicho. Y lanzaba a la esposa una mirada desconsolada e inquieta. Las pequeñas manos delgadas, tiernas, no deberían atesorar pensamientos tan sombríos. Era ridículo que su gentil, honesto, bien educado, tímido marido se entretuviera con pensamientos funestos. La enfermedad de una esposa no acaba con el mundo, ni con el destino, reflexiona Verena. Ha sido el hombre en el que ella ha confiado durante cincuenta años. Es preciso, le dice exhortándolo, que su imaginación, equilibrada y pausada, evite entrar de improviso en el gran universo. Y por «gran universo» Verena quería decir: imaginar la muerte de tus semejantes, imaginar la muerte de tu propia esposa, entrar en la premonición. «Tengo miedo», repetía Kurt.

No estaba contento de que la esposa hubiese enfermado. Había empezado a caminar inseguro, como si caminar le diera miedo. Un domingo ella lo vio volver a casa con un paquetito de forma piramidal, atado con una cinta. Las *tartes aux pommes* dominicales de la pastelería Müller. Verena había apartado las cortinas de la ventana y vio que el marido se acercaba con la forma piramidal en la palma de la mano, como si se tratara de un objeto sagrado. Después, Kurt tocó el timbre. Entró lentamente, fatigado y afligido. ¿Durante cuántos domingos más podría ofrecer pasteles a su esposa?

Otras veces, Verena había espiado al marido. Tal vez espiarse es el destino de las parejas. A saber, se preguntaba Verena, qué era lo que el marido había visto en ella para temer su muerte. ¿Cuáles eran los signos externos? ¿Qué podía haber visto él que ella no supiera?

Comían en la cocina, porque a Kurt le gustaba comer en la cocina. Se sentaban y esperaban a que la comida estuviera lista. Kurt miraba el vapor de las ollas. Después de haberlo contemplado con detenimiento, su mirada vagaba, perdida y mórbida, por las baldosas de las paredes. «Hace calor», dice. Verena abre la ventana. Fuera, ahí mismo, había otra ventana de cocina, de otro piso. En el que vivía una pareja. Como ellos. El mismo piso. La misma división de habitaciones, una menos. La misma edad. La pareja del piso adyacente dormía en la misma habitación, en una cama grande. Ella los llamaba «la pareja contigua». Eran la continuación de sus habitaciones. Que continuaban en otros pisos como el suyo. Eran la continuación de su vida. Desde su habitación, Verena podía oír cómo los dos se giraban en la cama, el peso de sus cuerpos. Los contiguos a los suyos. El denso letargo del sueño. Tras una disputa con el insomnio. Hablaban en dialecto bernés. Cocinaban a las mismas horas en que cocinaba ella. Así, si Verena abría la ventana, salía su vapor y el olor de los alimentos y entraba el de ellos, el olor de sus alimentos y su vapor. Era una especie de comunión. Era la reciprocidad. La gran sustancia que une. Una exuberancia carnívora de los unos hacia los otros, de una habitación a la otra. El edificio estaba habitado solo por viejos. Por viejos insomnes. Era una casa de cinco plantas. Todos los pisos estaban distribuidos del mismo modo. Pocos tienen una habitación más. Entre esos pocos, los Kuster, Verena y Kurt, nativos del cantón Uri. Y ahora, mientras el marido está convencido de que ella está moribunda, ella querría saber de dónde proceden las otras parejas. La pareja que duerme en la cama de matrimonio. Hay en el baño un ventanuco con los cristales esmerilados, como el de ellos, y nadie va a visitarlos nunca. Tendrán la misma lápida. El terreno se lo tienen apalabrado a ellos, a todos ellos. Va junto con la casa. Casa y tierra. Y polvo. La Confederación lo ha organizado así. De la mejor de las maneras. El

cementerio no está lejos de la casa, se llega enseguida. Es su páramo.

A Verena nunca antes le había parecido tan sospechosa e impura —impura como los ojos del marido, promiscua— la igualdad. La igualdad que ella de joven había deseado. Que consideraba como un derecho —como las dos habitaciones—. Si Kurt imaginaba su muerte, también ella, por su parte, puede dar a su rostro una expresión de compunción. Se puso a reír. Todo esto no es más que una consecuencia de la dejadez. En el piso contiguo la pareja habla sin cesar, charlan en dialecto bernés. Si las palabras tuvieran volumen, no bastaría ni el edificio entero para contenerlas. Él es cojo, pero camina deprisa. Dan la vuelta a la casa. Hay árboles, arriates. Y el muro. Verena los oye atravesar el pasillo, el ritmo ágil e irregular. Los pasos llegan hasta el armario. Los pasos prosiguen hasta la sala. Termina el rumor de pasos, comienzan las voces. Parece que hablen desde hace milenios. ¿De dónde proceden?, sigue preguntándose. Pero ¿qué más da? La casa está habitada por suizos, por suizos trabajadores, ahora jubilados. Es como si tuvieran sus orígenes en las tierras de Ucrania, de Montenegro, de Hungría. Una vez leyó un libro que hablaba de un imperio, de un ejército y de estirpes resquebrajadas, y eso eran ellos, los suizos jubilados, una cuadrilla resquebrajada. Los cantones se convierten en tierras que acaban en la estepa.

Y justo por la mitad había una historia de amor, esto lo había leído cuando era joven, y de pronto la asaltaba el recuerdo de aquellos soldados, de aquellas poblaciones dispersas, de aquellas innumerables lenguas. Ahora la casa de los viejos le parecía habitada por ellos, por aquellos soldados, por aquel ejército amotinado. Cuando era joven solo se había interesado por la historia de amor. Hojeaba sin atención las páginas que describían las batallas en el frente. Y ahora recordaba aquellas páginas sin leer, nítidas como objetos de reflexión. Nítidas como si las hubiera leído línea por línea. ¿Qué sabía ella de los ucranianos? ¿Qué sabía ella del mundo, más allá de la frontera? Había estado en Basilea una vez, durante el viaje de novios. Kurt también la había llevado a Schaffhausen a ver las cascadas. Y ella vio las cascadas y gente de un montón de

países. Quizás fue esa la única vez en que se había encontrado cerca de tantos extranjeros, cuando bajó de la barca de remos para ver las cascadas, subida a la roca. Y el olor era agrio. En plena naturaleza, el acre olor estival fermentaba. Acababan de bajar de la roca muchachos con los pantalones cortos y las rodillas moradas. Verena estaba en su viaje de novios y no prestaba atención a los extranjeros. Ella miraba con asombro las cascadas. Y ahora las cascadas le dan lo mismo, pero recuerda perfectamente a los extranjeros. Recuerda aquello en lo que no se había fijado. En la barca de remos había también un japonés con una mujer japonesa. Y hombres que hablaban una lengua que ella jamás había oído. Se alojaron en un hotel enorme. También allí había extranjeros. Era un grupo de cinco o seis personas que hablaban otra lengua desconocida, y ellos dos, ella y su marido, permanecieron un poco apartados antes de acercarse a la recepción. Respetuosamente. Las lenguas desconocidas son un gran misterio. Ellos dos se sintieron turbados. No osaban acercarse al registro y anotar sus nombres. Luego subieron a una habitación amplia, con una gran cama de matrimonio. En la pared, un paisaje con las cascadas. Desde la ventana veía el Rin. Que nunca antes había visto y que ya no vería nunca más excepto en su fantasía. Y de hecho lo había vuelto a ver en su fantasía. La cuna de nuestros antepasados. En la cama había pensado que, las noches precedentes, otros habían hecho lo que estaban haciendo ellos. Las noches siguientes no habría otros, sino todavía ellos dos. Tenían la habitación para una semana. La primera noche le pareció que era como una actriz, imitaba lo que habían hecho los otros, en el mismo hotel, en la misma cama. Emulaba a las mujeres que habían ido a Basilea a pasar la noche de bodas. Puntillosa y romántica, se entretenía con sus pensamientos, así le parecía que la ceremonia nupcial no estaba tan poblada de otras efusiones. Kurt colgaba cada noche sus ropas en el armario, las perchas no podían sacarse. Los trajes que se habían comprado antes de casarse. Y que durarían tanto tiempo. Los hijos no habían venido. No fueron concebidos ni en la habitación del hotel de Basilea que daba al Rin, ni en otras camas, ni durante las vacaciones.

Es extraño, piensa Verena, en el edificio de los ancianos no hay un solo viudo ni viuda. Era, aquel edificio de apartamentos para ancianos, un lugar prodigioso, en el que todavía estaban todos unidos, aun cuando pareciera que hubiesen desaparecido. Achacosos y longevos. Y pensaba además: ella, Verena, no quería ser la primera en romper el encanto. Tenía la impresión de que, si alguno empezaba a morir, ese acontecimiento arrastraría a los demás. La muerte no es más que una contaminación. La ley de la progresión. Si en la casa no ocurría nada, era porque nada puede suceder que no haya sucedido ya una vez. Y puesto que los ancianos estaban todos vivos, habrían empezado a morir apenas hubiese dado uno la señal. Repetía sus pensamientos como una letanía.

No bien se había construido el edificio, los Kuster fueron una de las primeras parejas de inquilinos. Después ella vio entrar a los demás de dos en dos. La casa, por otra parte, se llama Eden Haus, al igual que todas las casas de muertos, o de quienes están a punto de morir, se llaman Paraíso, Zur Sonne, Aurora. Nombres violentos. El único cambio que había notado con el paso de los años era este: quien antes era alto, ahora no lo era tanto. El cojo era alto, cuando lo vio llegar del codo de la esposa. También su marido es ahora menos alto. Ella se había puesto a hacerle el dobladillo a los pantalones. Verena sabía que ya no se los acortaría mucho más. No se puede vivir tanto como para comerse los huesos.

Cuando Verena bajaba al lavadero, en el sótano, y esperaba junto a las demás señoras a que la colada se hubiera lavado y centrifugado en la lavadora comunitaria, y todas ellas miraban el agua y la espuma en el ojo de vidrio, tal vez se preguntaban durante cuántos decenios tendrían que ocuparse todavía de la colada. Ella se había percatado de que también las mujeres se habían vuelto imperceptiblemente más pequeñas. Los cabellos vaporosos. Miraban fijamente a través del vidrio la ropa que giraba, las manos sobre las rodillas. Había pensado que también los huesos estarían un día así de limpios. Era práctico tener el lavadero en el sótano. Eran autosuficientes.

Las parejas comen juntas, como ellos dos. Verena dispone, Kurt ayuda. Lo mismo para todo. Quita el polvo de la casa con guantes

de algodón blancos. Teme al polvo. De joven nunca había sido así. Ahora se prepara para lo esencial. Muchas veces se había imaginado la escena del funcionario público o de la policía que los encontraba muertos. Miran alrededor maravillándose del orden y de la limpieza de la casa. «Porque los viejos no siempre son limpios», soñaba con decirle al funcionario público que la había encontrado muerta. Y por ello siempre tenía a punto su propia ropa y la del marido. Y habría dedicado una sonrisa de satisfacción a los cumplidos del funcionario público. No podía esconder su propia satisfacción. Un halago de parte de aquellos señores brutales, que con tanta frecuencia tienen que ver con homicidios, no podía sino complacerla.

No quiere ser ella quien dé la salida. El cojo tiene tos. Camina a gran velocidad. Siempre tiene prisa, aunque sea para no hacer nada. Su destino, se decía Verena, está ligado al de los demás, que viven exactamente como ellos. Su marido parece ahora más contento. El médico la había encontrado sana. La señora Verena no tiene nada. No debe preocuparse. Kurt ha sonreído débilmente. Una enfermedad, Verena lo había comprendido, sería todo un acontecimiento. Los médicos no pueden decidir si uno está sano o no, dijo Kurt testarudo, de vuelta en casa. Pero parecía turbado. Aun cuando se piense que una enfermedad puede ser un entretenimiento, se trata, no obstante, de la enfermedad de la propia esposa, a quien tanto se ama. Hay que renunciar al entretenimiento. Y sentirse simplemente contento de que la esposa esté en plena forma. Kurt ya no la mira con expresión torva. Ya no está deprimido. ¿Y en qué se puede convertir, ahora que ya no está deprimido? En un viejo tranquilo, el viejo tranquilo que era desde hacía años. «Me siento tranquilo», dice Kurt. Y le acariciaba la mano, todavía suave, que ella retiraba. Verena se había vuelto, en aquellos meses, muy reflexiva, se había dado cuenta de que la depresión es un entretenimiento. Se puede apostar a que cada cónyuge piensa en la muerte del otro. En cada pensamiento cariñoso anida un pensamiento asesino. Es el amor, el amor que perdura en las viejas parejas, exaltando la fantasía hacia el asesinato mental del otro. Un sueño poético. El más ligero, persuasivo, delicado de los homicidios,

que se instala en el fondo de los ojos, se introduce en la caja mágica. Allí dentro suena un carillón.

II

Verena había entendido todo esto, incluida la nostalgia del marido por algo que había sucedido y que se había desarrollado en su cabeza. En la cabeza de un hombre tan comedido, que no se ha mostrado cobarde ante un sueño tan atroz y enervante. Hace falta valor, piensa Verena, para soñar la enfermedad y las defecciones y las agonías que inevitablemente conducen al final. Al final de Verena Kuster. En el curso de los últimos meses, Kurt se había alimentado y asustado de la decadencia de su mujer. Había poblado la casa con su tristeza y su malhumor, ya que le resultaba desagradable quedarse solo. Estaba a un paso de soñar también esto. De soñar el *post mortem.* Pero el postexequias se lo había aguado el médico. Aun cuando Kurt mantuviera sus convicciones respecto a la salud y a las maneras de diagnosticarla.

Sumiso, Kurt se sienta en el sillón. Lo había apartado hasta la ventana, que da a una pared. Y se ve el cielo. Miraba el muro y el cielo. Ahora es cariñoso. Incluso ríen. La pareja Kuster ríe. La pareja contigua los oye reír. Y la risa, al atravesar la pared, tiene un sonido metálico, estridente, como si del otro lado de la pared se recitara una farsa. Todo ha vuelto a su sitio, ríen por bobadas. El paisaje reconstruido, el paisaje de las habitaciones, como si fuera nuevo. Los cabellos azules de Verena se parecen a los de su vecina, que tiene menos que ella pero esconde la alopecia con rizos y horquillas.

Kurt abre la ventana. Muro y cielo. También hoy sopla el *Föhn*, el favonio. «Aquí está, aquí está.» Aunque todavía se halla lejos alcanza a ver al ave de las plumas color pistacho. «Es él.» Kurt lo saluda. No debería volar a Göschenen o Tiefencastel, sino más bien regresar con sus congéneres, a Sudamérica. El *Föhn* es peligroso, dulcemente peligroso. Trastorna un poco las mentes. Se cometen incluso asesinatos. Por nada. Cuando sopla el favonio. La inmundicia

de la dulzura, eso es el *Föhn*. El pájaro parece sonreír. *«Nein, es kann nicht sein»,* dice Kurt en voz alta. No puede ser. Un pájaro no sonríe.

Verena hilvanaba un dobladillo. Kurt la molesta cuando habla en voz alta. Porque ella cose como en trance. Un dobladillo es un infinito. Pero ahora debe levantar la vista. Las alas desplegadas, color pistacho, amarillo y violeta, una minúscula cresta puntiaguda sobre la cabeza. Verena baja la vista hacia la labor. Kurt apoya las manos en el alféizar. El pájaro sigue en el cielo, suspendido sobre el muro mientras la mujer pespuntea la tela. Es como si la mujer sostuviera el hilo que lo hace volar. Ahora el pájaro posa las patas en el alféizar. Su cara tiene algo de humano, el rostro maquillado tras el que se esconden las mujeres de los burdeles, piensa Verena, con un cerco violeta, rosa, de piel curtida alrededor de los ojos, el color de la sangre de las meretrices, piensa Verena aún. Aunque es bello, como un extraño y magnífico ejemplar prisionero de un cielo ajeno, provoca en ella una aversión natural. No consigue contener un odio salvaje, un odio que envuelve la gracia divina. Kurt es muy feliz. Existen aves felices que escapan de sus cielos natales, tal vez han oído el soplo del favonio, que trastorna un poco la mente, tanto a los seres humanos como al resto de las criaturas de la tierra. A Verena la solicitud de sus vecinos al felicitarla por las bodas de oro no le había agradado. No, las felicitaciones no le van. Después que su marido soñara con su enfermedad y se embriagara con ella. Gracias al cielo, bien podía decirlo, coser le era de gran ayuda. Incluso se había puesto a remendar viejas toallas. Remendaba tranquilamente, y entretanto pensaba que también la vida era como un verdadero remiendo. Todo se estropea, había pensado, incluso su matrimonio feliz, en el paraíso de la casa para ancianos. Las costuras invisibles no dejan huellas en el tejido, como el aliento del ángel.

Verena se sentía joven y tranquila. Lo único que le interesaba era su vejez, se había vuelto vanidosa. Nunca antes lo había sido. En su juventud había sido modesta. Y había notado hasta qué punto también los demás viejos estaban henchidos por la vanidad. Es la edad, esa terca, reacia a morir, por la que se sienten vanidosos. De eso está segura. La vanidad no es de los jóvenes. No es de las

mujeres hermosas ni de los muchachos. No, eso es un subproducto de la vanidad. Ella había observado a los jóvenes cuando salía de casa, los había comparado consigo misma. Está decrépita, habrían dicho aquellos jóvenes. Ahora se sentía en armonía, y no solo por aquella absurda idea de que la policía, de haberla encontrado muerta, habría dicho: «Pero qué limpia tiene la casa». Aquello era una excusa. Una excusa para la policía. Solo el cielo podía saber hasta qué punto era en realidad vanidosa. Es algo que va más allá del físico, algo muy profundo, terriblemente profundo. Ni siquiera la desesperación podría ser tan profunda. Pero, al pensarlo bien, Verena sufre un sobresalto. Tal vez es desesperación, la vanidad de los viejos. Sus cabellos vaporosos van del azul al ceniza, sus ojos azules, hacia el ceniza y el amarillo, los ojos que miran al marido con desafío y celestial supremacía.

También hoy sopla el *Föhn*. Kurt se ha quitado la chaqueta. Con el favonio el clima es exasperante. Las flores, extenuadas por el calor, muestran en sus corolas una tonalidad insatisfecha. Kurt habla solo. Verena cose. Faltan seis horas para que anochezca. Kurt apoya las manos en el alféizar de la ventana. El ave parece estar danzando, dibuja una elipse. Kurt ha subido una pierna al alféizar, y ahora apoya también la otra. Su cuerpo parece más ligero que su pensamiento. Ahora yace al fondo. Con gesto moderado y lento Verena abandona su costura. Como ella, todos los inquilinos miran por la ventana. Y es raro, piensa Verena, parece que tengan una tiara en la cabeza. Cuelga la chaqueta del marido. No quiere desorden. Devuelve el sofá a su sitio. Está lista para recibir el pésame.

III

Los inquilinos están vestidos de fiesta y de luto a la vez. Se creen elegantes. Y además saben que en una ocasión como esa, un funeral, todos se miran, para compararse. O para ver si no desentonan. Después de un paseo apresurado de diez minutos, han

entrado en el jardín comunitario. Las fosas esperan. Verena y los viejos están impacientes.

Verena se halla un poco apartada. Estrechan sus manos. Lástima que las bodas de oro no hayan podido ser. *«Es tut uns Leid.»* No hay emoción en sus voces. Durante los primeros días Verena se comporta como si el marido estuviera en casa. No tiene por qué mostrarse compungida. Después de algunas semanas se mueve como si hubiera público observándola. Se inclina desafiante para coser, como si tuviera un puñal. Los otros no empuñan estilete alguno, pero están sentados ante ella, como en un tribunal. Verena siempre ha soñado con una sala de tribunal. Y ella es la acusada. Verena la asesina. Lleva un vestido sencillo que le llega hasta los tobillos. Los zapatos son negros. Ni una sola joya. Nunca ha tenido joyas. Solo el anillo de oro. Verena levanta la mano, no tiene nada que mostrar, excepto el anillo de oro. Es el matrimonio.

Tan solo ahora, de mayor, sentía que debía decir la verdad. Y es de viejos, pensaba, la necesidad de decir la verdad, la verdad de las intenciones. Verena debe exponer sus pensamientos. Del mismo modo que puede hacerlo un representante con su mercancía. Verena se toca la cabeza. Cuán inteligente es aquella cosa cubierta de suaves cabellos azules, y cómo se ha esclarecido su frente, enturbiada durante tantos años. Ahora que él se ha caído por la ventana. Tras una desgracia todo se vuelve así de claro, preciso. Los pensamientos ascienden, como el fuego del hornillo de su cocina. Y ella quiere que se la vea como una mujer simple, vieja... (Aun cuando ambas palabras, vieja y simple, sean tan tontas e irrisorias: un viejo nunca es simple, y, desde luego, ella menos. No le sientan bien.)

Verena Kuster ha ayudado al marido a tirarse por la ventana. Ella se percata de que en la sala planea el estupor. Estupor por cómo aquella mujer insignificante ha sido capaz, pocos días antes de las bodas de oro, de castigar con la muerte al marido. Consigue captar la atención del público con su relato. Le ha dicho al juez que su marido se había inventado que ella estaba enferma. Cuenta acerca del marido, tan deprimido y en un estado de total melancolía mientras tuvo el convencimiento de que ella estaba desahuciada. Y

cómo pareció desalentado al saber que no estaba enferma en absoluto.

Y esto es lo que ella no podía perdonarle. Kurt, dice Verena con su voz razonable y fría, estaba disgustado porque ella estaba sana. Y defraudado. Desilusionado por el destino. ¿Puede ella seguir viviendo con un hombre que se ha disgustado porque no está muerta? Esto es lo que habría preguntado en el tribunal. Eso es lo que Verena se preguntaba mientras hacía remiendos. Aquel día el marido continuaba diciendo como un demente que aquella extraña bestia que volaba le había llamado, y que él estaba convencido de que el señor que volaba (ya se había convertido en un señor), el ave, había perdido la ruta celeste. Nadie la ha visto. La mujer no tiene un solo testigo. Es ella quien, por exceso de escrúpulos hacia la verdad, dice exactamente lo que pensó hacer. Verena es meticulosa, del mismo modo en que cose sus telas, ahora cose palabras y pensamientos. El asesinato era el bordado más bello de su vida. Ella oía los aplausos. Cuántas mujeres habrían matado así a su propio marido, sin ser asesinas. En el fondo, ella lo ha ayudado en su sueño. En la realización de un sueño. Kurt deseaba volar. Y para volar, dijo Verena en la sala con tono seco, es necesario caer. En la calle un desconocido se ha quitado el sombrero y se ha inclinado. La gente de Tiefencastel reverencia a quien ha tenido una desgracia. Los chavales corren tras ella, quieren ver el rostro de la mujer que dice haber ayudado al marido a tirarse por la ventana. Durante toda su vida había reservado los camisones de seda que había comprado antes de casarse. Ahora los usaba con libertad. Y tal vez quedaban mejor ahora sobre su cuerpo huesudo que en otros tiempos. Ahora se sentía segura al llevarlos, experimentaba cierto placer sensual al sentir en los huesos el roce de la seda. Me pongo estos camisones, decía ella, *für mich selbst.* Para mí misma. Toda su vejez era para sí misma. Había entrado finalmente en su cuerpo. Y, en lo alto de su cuerpo, su cabeza pequeña y vaporosa. Los ojos, dos lucecitas. Un tótem. Y formar parte del tótem, eso sí es vanidad. Ya no tenía necesidad de los espejos. Un tótem no se mira al espejo. Está clavado en la tierra. Su cabellera se mueve al viento, al favonio. La señora Verena aprieta con el índice la cajita redonda del colorete,

se cubre las mejillas. Y la boca. Es más hermosa ahora que hace algún tiempo.

No la han condenado, ni siquiera por omisión de socorro al marido. Tan solo la han ofendido, porque han tomado sus palabras por palabrería, palabrería de una vieja vanidosa. Y la vanidad, en un país tan democrático, está castigada. También apropiarse de un delito que no se ha cometido es condenable. Eso es lo que piensa Verena antes de dormirse. Empujar al marido por la ventana, con el uso de las palabras, de la persuasión, es una forma de espiritualidad. Esto es lo que ella ha confesado —y también confesar un pensamiento malvado, un pensamiento homicida, pero sin pruebas terrenales, es espiritualidad...—. Ella se ha acercado al cielo, ha sido denigrada por los hombres, que no han querido creer en su palabra.

Verena está contenta. Ahora también ella mira al cielo, hacia donde miraba el marido. Un día, para estar más cerca del cielo, quizás se tire ella también. Pero, reflexiona Verena, si se tira por la ventana, comete pecado. Y ella quiere expiar su culpa con calma. Así es como le gusta.



El temor del cielo
Fleur Jaeggy

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *La paura del cielo*

Ilustración de la cubierta: © Miriam Bauer

© 1994 by Adelphi Edizioni S.p.A., Milán.
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© de la traducción: Flavia Company, 1998 y 2026

© Fleur Jaeggy, 2026

© Tusquets Editores, S.A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-1107-712-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada